

EDITORIAL

En esta nueva edición de nuestra revista, seguimos con la evocación del camino de Emaús con voces diversas.

Esta vez, Bárbara Bücken nos invita a su propia morada para explorar la tercera etapa de nuestra propuesta: Compartir y releer el relato de nuestras vidas. Se trata de un momento de discernimiento para responder a la pregunta de Jesús: "¿Qué vienen conversando por el camino?".

Por su parte, Antonieta Potente vuelve a nuestras páginas para proponer su lectura de la cuarta etapa del camino con su interrogante "¿Dónde están los profetas?". Esta reflexión hace eco al versículo 25 del texto evangélico: ¡Qué torpes son para comprender, qué duros para creer lo que dijeron los profetas!".

Asimismo, Simón Pedro Arnold sigue con su relectura de los votos, invitándonos al riesgo de Jesucristo. En esta etapa se detiene en la experiencia de la muerte y de la finitud constitutiva de la vivencia a largo plazo de la espiritualidad de los votos.

El resto de nuestro envío sigue con sus diversas rúbricas a las que el lector ya se habrá acostumbrado desde las últimas ediciones. así, Ana María Mambourg, laica, médico siquiatra, asume esta vez la tribuna abierta de "los de afuera" para decirnos "como nos ven".

La "otra mirada teológica" está a cargo de Carlos Cardó, sj. mientras el equipo de lectura pastoral de la Biblia nos propone una nueva entrada al riquísimo episodio de Emaús.

Las demás rúbricas acostumbradas nos invitan todas a abrir puertas y ventanas más allá de nuestra "cocina interna". Al gustar la poesía que nos propone Angel Darío Carrero, al descubrir experiencias particulares de encarnación de la Vida Religiosa en nuestro continente, al ponernos en sintonía con nuestros hermanos y hermanas afro e indígenas, el espíritu que actúa libremente en el universo nos invita a levantar la mirada para ver "la cosecha que madura" (Jn 4) en el campo del mundo, a través de los dolores de parto de nuestros hermanos y hermanas latinoamericanos.

En este camino de Refundación de nuestra vida consagrada, es importante dirigir un oído hacia el Dios que habla en lo íntimo de nuestras comunidades y de nuestras historias, y otro hacia el mismo Dios que se revela en la historia grande y donde sufre y goza con la humanidad, especialmente con los pobres. Si tapamos uno de estos dos oídos de la fe, nos quedaremos sordos a la voluntad urgente de Dios que nos incita a la conversión.

Con este número, también, iniciamos la presentación en portugués de los "abstracts" de los artículos presentados en castellano. Esperamos poder hacerlo también en francés y en inglés en el futuro para poder ampliar así el acceso a nuestras páginas para los amigos y amigas latinoamericano/as de otro idioma.
¡Que aprovechen su lectura!.

Simón Pedro Arnold, osb.
Responsable de la redacción.

REFLEXIÓN TEOLÓGICA

EL RIESGO DE JESUCRISTO.

LA EXPERIENCIA DE LA MUERTE Y DE LA FINITUD

Simón Pedro Arnold, osb.

En este capítulo, el autor intenta relacionar la experiencia existencial y espiritual de los votos con la experiencia de la muerte y de la finitud humanas. La vida religiosa, en este sentido es, a la vez, un intento de romper con las ilusiones humanas de la falsa eternidad y de la plenitud mentirosa que nos ofrecen las propuestas mundanas más diversas, y una reconciliación radical con nuestra fragilidad y nuestra carencia ontológica. Los votos denuncian toda ingenuidad y afirman que Dios se revela a nosotros en el límite asumido.

Neste capítulo, o autor tenta relacionar a experiência existencial e espiritual dos votos com a experiência da morte e da finitude humana. A vida religiosa, neste sentido, é uma tentativa de romper com as ilusões humanas de falsa eternidade e plenitude mentirosa que as mais diversas propostas humanas nos oferecem e uma reconciliação radical com nossa fragilidade e nossa carência ontológica. Os votos denunciam toda ingenuidade e afirmam que Deus se revela a nós dentro do limite asumido.

Si nuestros votos son una "imitación" y un "seguimiento" de Jesús, no pueden escapar al corazón de la experiencia pascual que es la cruz. El Hijo de Dios quiso experimentar, a través de la muerte, la totalidad de la aventura humana. En esta etapa de nuestra reflexión quisiéramos detenernos para contemplar el gran dogma y misterio de la bajada a los infiernos. En la simbólica de latencia del sábado santo, se dice que Jesús fue a visitar a los muertos y especialmente a Adán que los representa a todos, para desatarlo y devolverlo a la vida junto con toda la humanidad.

En nuestra vida religiosa, los votos significan algo de esta solidaridad adámica en la fragilidad, el pecado y la muerte. Como religiosos y religiosas decidimos penetrar totalmente la muerte y la finitud que nos constituyen para acoger más plenamente la redención que nos trae el resucitado.

La ilusión de la plenitud

Desde su origen, la humanidad cultiva una gran ilusión que ninguna experiencia logra disuadir a lo largo de la historia: la plenitud. Individual y colectivamente andamos buscando todos/as este ideal de eternidad, de no-carencia, de felicidad absoluta y permanente.

Los subterfugios para cultivar esta ilusión son el negocio más próspero de la tierra desde que fue creada. El poder, el prestigio, las apariencias, el placer bajo todas sus formas, el culto del yo, la arrogancia intelectual y espiritual etc., son unos cuantos instrumentos para mantener vigente el gran mito de una tierra acabada y definitiva.

No se puede negar que esta tentación está presente en el primer relato de la creación en el Génesis. Un gran viento de auto satisfacción atraviesa la conciencia del Dios que lo hace todo "superbién". Es esta misma autocomplacencia que el autor del relato propone como ideal perverso a la humanidad cuando le da la orden de dominar la creación, es decir de no dejar nada sin aprovechar y explotar para su propia ilusión de plenitud.

Felizmente que, como lo hemos comentado muchas veces ya, el autor del segundo relato nos presenta una realidad inversa. El Dios Yavista de Gn 2 es un Dios "imperfecto" que deja su creación inacabada e, incluso, no prevé la soledad de Adán. Es este Dios carente, amigo de una criatura inacabada por vocación, quien denuncia como pecado lo que el Dios sacerdotal de

Gn 1 considera como la cumbre de la potencia divino humana. En efecto, el pecado original, que, en definitiva, es el único verdadero pecado, es precisamente la ilusión de la plenitud, de la autosuficiencia y de la omnipotencia humano-divina.

En su origen, la vida consagrada es una opción explícita por la carencia, la no-plenitud. Los tres votos sacralizan, de alguna manera, una "ausencia" dolorosa y, por lo tanto, abren una brecha de inmensa vulnerabilidad a las intemperies de la aventura humana. Pero muy pronto, casi inmediatamente, la mentira de la plenitud ilusoria se ha reintroducido por la brecha. así, lo que era una pobreza, una vulnerabilidad, se transformó, por la magia de las argucias teológicas, en un camino de perfección (equivalente a plenitud moral) y un medio más seguro de alcanzar la salvación. Hemos tratado ya, en un capítulo anterior, la problemática de los consejos y de los preceptos evangélicos. Es a través de esta sutileza intelectual que la gran ilusión se introdujo por efracción. Justamente por la puerta por la cual la queríamos expulsar: La herida del crucificado asumida por sus discípulos mas apasionados.

De hecho, la única manera de acabar con esta hidra siempre renaciente, es la contemplación de la muerte. Más específicamente, de nuestra mortalidad intrínseca como criaturas inacabadas y sin embargo definitivamente limitadas. ¿Porqué? El mecanismo más eficaz para garantizar la gran ilusión es la comparación y, por lo tanto, el establecimiento de jerarquías de valor. Solo con estos instrumentos de contraste entre criaturas, podemos plantear una creciente plenitud por alcanzar lo alcanzable, de hecho. La muerte, que nos espera a todos, es la derrota definitiva de toda comparación y de toda jerarquía. Tarde o temprano, nos encontraremos en la igualdad de nuestra podredumbre en la cual ya nada nos podrá distinguir, lo queramos o no. La Vida Religiosa, a pesar de las apariencias y de las desviaciones históricas impuestas, es la renuncia radical a toda ilusión de plenitud y, por lo tanto, a todo mecanismo de comparación y de jerarquía. En este sentido, nuestros votos son una opción audaz por nuestra mortalidad, una reconciliación gozosa con nuestra muerte y nuestra finitud, un acabar con la mentira de una humanidad perfecta y eterna.

Vida Religiosa como consentimiento a la muerte.

No es por casualidad si las primeras comunidades religiosas femeninas fueron compuestas de viudas. Pablo habla, incluso, de "verdaderas" viudas y de "falsas" viudas para distinguir las consagradas de las que, por la frivolidad, buscan escapar a la muerte y al duelo¹.

En el caso de los varones, la primera simbología sugerida por el evangelio de Mateo para la vida consagrada es la del eunuco por el Reino². Aún si esta imagen contiene ambigüedades difíciles de superar en un contexto como el nuestro, tiene que ver también, sin embargo, con una experiencia de la muerte y del duelo.

A pesar del disgusto que siente nuestra cultura por esta experiencia, hay que afirmarla, a contracorriente cultural. La ascesis contenida en los votos, si bien no es todo el misterio de los votos, como lo hemos afirmado en otro momento, constituye, sin embargo, una opción por anticipar la experiencia de la muerte y por asumir positivamente el duelo de las ilusiones de plenitud. La castidad nos hace viudo/as del único esposo que puede plenificar, huérfanos del único Padre que da toda la vida. La pobreza nos hace necesitados del único bien: el amor del Reino. La obediencia nos hace presos/as voluntarios/as en espera de la única verdadera liberación: el retorno de Cristo en la gloria.

Pero no queremos quedarnos en la dimensión negativa de esta brecha. Toda profecía (y los votos pretenden ser una de ellas) apunta a la vida desde la muerte. Nuestra consagración, detrás de su renuncia humana, proclama una aspiración imposible: sólo Dios puede colmar y no colma nunca en esta vida. El viudo, la viuda, el eunuco por el Reino, el huérfano del único Padre, no son masoquistas que se complacen en la muerte. Son apasionados del único

¹ 1 Tm 5, 3-16

² 1 Mt 19, 10-12

absoluto divino, hasta tal punto que prefieren esperarlo y prepararlo en el duelo de toda ilusión de falsa plenitud que perderlo de vista al distraerse con las plenitudes mentirosas y pasajeras.

En el fondo, los votos, como consentimiento a la muerte, afirman que la vida cobra sentido solo desde la finitud y la mortalidad. Los/as consagrados/as por los votos pretendemos vivir a fondo no desde las falsas seguridades humanas, y, más bien, sin buscar garantías. Pensamos que vivir como Jesús tiene que ver con el riesgo permanente y la profunda inseguridad del amor por las criaturas mortales. Somos de la raza de los que prefieren la escalada de pendientes arriesgadas al consumo seguro en pantuflas de un programa de televisión. Pensamos que no es vivir buscar seguridades y preferimos la aventura de lo imprevisto, la maravilla de la sorpresa larga y peligrosamente buscada. Para nosotros/as, sólo la muerte da verdadero sabor a la vida. La vida sin la muerte es insípida por ser demasiado previsible y conocida. Los religiosos y religiosas somos artistas del riesgo en nombre, no de la pura aventura egocéntrica, sino de la fantástica aventura del amor y de la entrega al Otro y a los otros.

Vida Religiosa como reconciliación con el límite

Hablar de opción libre no significa que sea una experiencia fácil. Al contrario, asumir la consagración por los votos es aceptar un combate de toda la vida con esta ilusión de plenitud que vuelve a surgir constantemente en nuestro corazón. así, en la medida que se vive sinceramente y sin perder la calidad humana de nuestra vida (ver más arriba), la consagración es necesariamente dolorosa. No son pocas las rebeldías de la viuda, del eunuco o del huérfano al constatar que su situación es fruto de una decisión y no de una imposición o de una fatalidad irreversible. Los votos son, por definición, dolorosos, como lo repiten a su manera todos los profetas. La tentación de huir, de traicionar, de hacerse olvidar del amor que nos obsesiona, o, simplemente, de consentir complicidades con la mentira, no es poco frecuente. Y si no fuera por lo irresistible de este "amor ausente", esperado, vislumbrado y adivinado, hasta rociado algunas veces, la castidad, la pobreza y la obediencia serían absurdas, insoportables y completamente locas.

Aún atados/as por esta pasión, nuestra historia está sembrada de caídas, de debilidades y de retrocesos. Pero siempre regresamos, cansados/as de nuestras propias mentiras y en espera de la única verdad que valga la pena.

A medida que avanzamos en el camino escogido, para parafrasear el prólogo de la regla de san Benito, el corazón, sin embargo, se dilata y comenzamos a correr más sueltos, más serenos y más libres en los caminos de la ausencia o de la presencia esperada. El dolor y el duelo se vuelven, poco a poco, aunque no totalmente ni constantemente, bienaventuranzas. ahí están los hermanos y hermanas, los amigos y las amigas, los pobres y los pequeños para recoger nuestro duelo y nuestro dolor voluntarios, para transformarlos en bendición para ellos mismos, para nosotros/as, y (¿quién sabe?) para el mundo. Nuestra opción por la carencia nos hace solidarios de todos los carentes y, por esta misma decisión libre, nos hace compartir como una gracia no merecida el don de sus alegrías. Si los pobres son nuestros maestros en felicidad, según las bienaventuranzas lucanianas, los/as discípulos/as que tomamos en serio la finitud y su dolor, nos volvemos, según san Mateo, signos de la fiabilidad de esta apuesta por la felicidad desde lo frágil y finito.

Si, como lo pretendemos aquí, los votos son una reconciliación con el límite, tienen que ver necesariamente con los limitados, los destrozados. En este sentido la reconciliación con el límite es una opción por la misericordia. Los votos ponen al desnudo nuestras propias miserias. Como miserables habiendo asumido nuestra pequeñez como una gracia de redención, nos inclinamos hacia toda miseria para revelarles su secreto de resurrección escondida. Los votos, en definitiva quieren hacer presente de manera patente la misericordia de Dios más allá de toda condición y preámbulo. La Vida Religiosa, con su apuesta por la finitud y lo inacabado se vuelve la misericordia encarnada de Dios para el mundo en ansia de remisión incondicional. Por los votos somos los incondicionales del amor sabiéndonos amados incondicionalmente.

SUPERAR LAS APARIENCIAS COMO CAMINO DE DISCERNIMIENTO

Bárbara Bucker, mc.

El evangelista Lucas nos presenta en la escena de los discípulos de Emaús, una oportunidad para discernir las apariencias que pueden desafiar nuestras vidas. Jesús, como un extraño, se introduce en el camino para hacerles comprender lo que por la tristeza y los hechos no son capaces de hacer. Esta búsqueda de la Voluntad de Dios para toda la Vida Religiosa de América Latina y el Caribe tiene que ser comprendida como un camino de discernimiento para lograr seguir creyendo en la Vida garantizada por el Cristo Pascual. Este tema del discernimiento desde la idea central de “superar las apariencias” trae en este relato un sugerente paso de las apariencias del peregrino con quien se camina un trecho, a la realidad del amigo con quien se comparte la mesa y se ofrece hospitalidad; se supera las apariencias de la “sabiduría de la vida” para llegar al otro saber de Dios que revela su gloria en el misterio de la cruz, y finalmente superar las apariencias de un peregrino físicamente visible, para llegar al Cristo Resucitado invisible para los sentidos, pero portador “del sentido de vivir”. Con Cristo Resucitado todas las oscuridades del absurdo de la existencia humana comienzan a ser vencidas. Es necesario, por supuesto la decisión personal de acoger la Palabra, pero los discípulos de Emaús se vuelven maestros de este proceso, porque encuentran, acogen, buscan sentido y descubren la Luz de la resurrección.

O evangelista Lucas, na cena dos discípulos de Emaús, nos apresenta uma oportunidade para discernir as aparências que podem desafiar nossas vidas. Jesus, como um tu distinto, se junta a eles no caminho para fazê-los compreender aquilo que pela tristeza e pelos fatos ocorridos, não são capazes de fazer. Esta busca da Vontade de Deus para toda vida religiosa da América Latina e Caribe, deve ser compreendida como um caminho de discernimento para continuar crendo na Vida garantida pelo Cristo Pascual. Este tema sobre o discernimento a partir da ideia central de “superar as aparências” traz neste relato uma passagem sugestiva das aparências do peregrino, com quem caminham um trecho, e os leva à realidade do amigo com quem se compartilha a mesa e se oferece hospitalidade; superam-se as aparências da “sabedoria da vida” para chegar ao saber de Deus que revela sua glória no mistério da cruz e, finalmente, a superar as aparências de um peregrino físicamente visível, para chegar ao Cristo Ressuscitado, invisível para os sentidos, mas portador “do sentido de viver”. Com Cristo Ressuscitado todas as obscuridades do absurdo da existência humana começam a ser vencidas. ...É necessário, por certo, a decisão de cada um de acolher a Palavra. Os discípulos de Emaús se tornam mestres desse processo porque encontram, acolhem, buscam sentido e descobrem a luz da Ressurreição.

Introducción

El texto de Lucas sobre los discípulos de Emaús, es de una riqueza abundante. Vemos que Jesús como un extraño se introduce en el camino de éstos para hacerles comprender lo que, por la tristeza y las evidencias de los hechos no logran ver y los confirma desde la misma vivencia de todos los sucesos que han experimentado.

Jesús Resucitado se introduce en sus sentimientos, para hacerles salir de sí mismos, para que comprendan desde los hechos y desde otra realidad que está también afuera. La realidad del ser humano es un tejido de encuentros en que un largo aprendizaje se hace posible como escuela de vida y de sentido.

Se atribuye a San Antonio del Desierto la observación según la cual “algunos cuidaron de someter sus cuerpos por medio de ascetismo pero, por falta de discernimiento, acabaron alejándose de Dios”. San Benito llamaba al discernimiento madre de todas las virtudes. veía el discernimiento como práctica de la sabiduría en las cosas ordinarias de la vida. En la tradición Monástica, la relación maestro-discípulo era un medio esencial del discernimiento. Supone

lucha contra el orgullo, el miedo, y la inconstancia. Esta lucha, no tenía el sentido de una adoctrinamiento, su finalidad era la liberación. Incluso la disciplina de la obediencia no era enseñada para romper el “ego”, sino para abrir el oído del espíritu del discípulo a la escucha de su voz interior, su “yo” verdadero y así conducirlo al discernimiento de la verdadera Voluntad de Dios.

La tradición monástica del discernimiento con la ayuda del maestro tiene su raíz en la promesa de Jesús de compartir con nosotros/as, sin límites, el conocimiento de Dios, sin ocultar nada de aquello que El había oído del Padre. Esto es amistad de verdad y del más elevado grado. Jesús dice: ¡Ya no les llamo siervos sino amigos porque les he dado a conocer la voluntad del Padre!. Por eso el discernimiento es hacer el camino del discipulado lo cual genera una verdadera y profunda amistad, ya que somos hermanos y hermanas de Cristo cuando buscamos juntos la voluntad del Padre.

Esta búsqueda de la Voluntad de Dios para toda la Vida Religiosa de América Latina está puesta bajo el signo de Emaús. Se han escrito muchos artículos sobre el tema, porque hay como una sintonía muy exacta entre el caminar de hoy en medio de tantos signos de muerte y seguir creyendo obstinadamente en la vida del Cristo Pascual.

La Vida Religiosa de América Latina y el Caribe ha sido invitada a vivir y ahondar los vínculos de amistad con Jesús, el Amigo de todos los caminos de la vida.

Queremos desarrollar el tema del discernimiento desde la idea central de “superar las apariencias” ya que Emaús es un pasaje muy hermoso del paso de las apariencias del peregrino con quien se camina un trecho del camino, a la realidad del amigo con quien se comparte la mesa y se ofrece hospitalidad; se superan las apariencias de la “sabiduría de la vida” para llegar al otro saber de Dios que revela su gloria en el misterio de la cruz, y finalmente superar las apariencias de un peregrino físicamente visible, para llegar al Cristo Resucitado invisible para los sentidos, pero portador “sentido de vivir”.

Estas sucesivas superaciones de las apariencias pasan por el encuentro con el peregrino del camino, siguen por la acogida que supone algo más que el encuentro en el espacio y tiempo del camino, para compartir el espacio y el tiempo del corazón, es decir las memorias heridas, las esperanzas frustradas, y los miedos futuros.

Porque hay acogida hay recepción del mensaje del Resucitado que da sentido a la vida, no solo a la que por apariencia es feliz, sino a la que a pesar de las apariencias por el dolor es profundamente feliz.

así, los caminantes de Emaús dejan para la Iglesia y para toda la humanidad un testimonio. Con Cristo Resucitado todas las oscuridades del absurdo de la existencia humana comienzan a ser vencidas. Es necesario, por supuesto la decisión de cada uno de acoger la Palabra, pero los discípulos de Emaús se vuelven maestros de este proceso, porque encuentran, acogen, buscan sentido y descubren la luz de la resurrección.

Discernimiento como encuentro

Discernir no es fácil. Hay quien piensa que se trata de cualquier reflexión o discusión. Una condición indispensable para que haya discernimiento es el encuentro con la pobreza y con la lucha contra ella. El discernimiento nace de una toma de posición con Jesús pobre y humillado y lleva a defender su causa. Los discípulos de Emaús se dejan invadir por la tristeza porque se encierran en seguir hablando de sus propios dolores y no se abren a la búsqueda de sentido para estos mismos dolores, para sí mismos y para toda la comunidad y el mundo.

Estos dolores son abrumadores, pero nacen de una recortada manera de entender lo designios de Dios que están en la misma realidad. La realidad, sin embargo, tiene misterios, distancias entre las apariencias y lo que es la realidad profunda. Esa “realidad de dentro” se alcanza cuando se desentraña el sentido y es así como podemos experimentar que arden nuestros corazones, porque desde ahí se conecta con el significado de toda causa que merece ser vivida como sentido de la vida.

Los sentidos corporales nos orientan en el espacio físico, nos ayudan a ver distancias, obstáculos en el camino. Nos ofrecen las proporciones de las cosas, las relaciones entre sí. Pero el sentido como hecho del espíritu es la visión de las partes en un todo desde donde se comprenden los detalles. Es como contemplar un cuadro lleno de preciosos detalles, cada uno de ellos digno de ser tomado en cuenta; pero el pintor genial sabe poner cada detalle en el conjunto de la obra entera.

Se dice que cuando un loco destruyó la mano de la famosa escultura de “La Pietá” de Miguel Angel, muchos artistas se ofrecieron a repararla. Algunos pasaron horas, días e incluso semanas en la contemplación de la imagen, porque no se trataba de tener la técnica de esculpir una mano; se trataba de la inmensa dificultad de esculpir “esa mano” que es la de María sosteniendo a su hijo muerto y que es expresión junto con el rostro y el cuerpo entero de María de la infinita tristeza de la muerte de Jesús.

¿Cómo colocar los hechos de la muerte del maestro en el contexto de todas las esperanzas de la vida y ministerio de Jesús? ¿Significa la muerte el vacío total de esas esperanzas?

así como los escultores ante la Pietá, Jesús quiere colocar ese hecho y situación que los discípulos de Emaús han vivido tan hondamente hasta ver casi destruidos los fundamentos de su fe, dentro de toda la historia de relaciones de Dios con su pueblo, de su alianza, de su fidelidad a los profetas y de Éstos a su Dios y a su pueblo.

¿Cómo tener acceso a este sentido tan misteriosamente oculto en los hechos dolorosos de la vida, cuándo lo que “aparece” es destrucción y desolación, pérdida y muerte como fin de todo?

aquí tenemos el primer momento de este discernimiento: La pobreza de nuestro modo de ver la realidad. La sinceridad de confesar que nuestras ilusiones y seguridades se vienen abajo. En el fondo, el no poder confiar en una historia donde las personas buenas y santas parecen ser las perdedoras; en tanto que parece que los que ganan son siempre las que tienen el poder y la riqueza. Solo que la pobreza de los discípulos es la tristeza y estrechez de sus Ópticas; faltan ser iluminadas por la de Dios.

El relato de Emaús nos habla de un encuentro que es algo más que ver otra persona en el camino, es poner delante de ella una historia vivida, sentida dolorosamente como se siente la muerte de las grandes ilusiones. Mas que encuentro de rostros hay encuentro de profundidades: ambos han probado el significado de lo que es sufrir; uno por la pérdida de un gran amor que les ha dado el sentido para seguir viviendo, y otro porque ha sufrido por amor en la totalidad de la entrega. No es por tanto encuentro de rostros sino que hay encuentro de almas; encuentro de esperanzas y de esperanzas frustradas sí, pero expresadas como grandes esperanzas, y por el lado del peregrino, la ofrenda de la gran Esperanza de descubrir el sentido de la vida.

El encuentro es indispensable como capacidad de reconocimiento de la presencia del otro como portador de una novedad, quizá una alegría. Lo que determina que algo que yo experimento sea de Dios, es la posibilidad que me lleve a la fiesta del banquete de la comunión con El, al Reino, nos advierte Carlos Cabarrús. La palabra del peregrino, escuchada con el corazón es la primera parte de la gran liturgia eucarística, primero la palabra y después compartir pan y vino, donde los ojos se abren.

La acogida como disposición para el discernimiento

El discernimiento es manifestación de la vida personal, porque es en ella en donde se está tejiendo el drama de las mutuas fidelidades entre Dios y cada uno/a de sus hijos/as. Se trata de discernir la Voluntad del Padre sobre la vida y el destino de sus hijos.

Pero esta Voluntad jamás cierra al hijo/a en el individualismo de un proyecto cerrado de vida. El Padre es Padre de muchos hermanos, por eso la Voluntad del Padre es hacer crecer el sentido de la filiación dentro del crecimiento de la fraternidad.

Los discípulos no buscaban una “terapia” de sanación psicológica, querían compartir sentimientos que debían existir en el peregrino si hubiera sabido lo que pasó en Jerusalén.

Jesús alimenta la fe moribunda y lo hace con el recurso de las Escrituras. La Palabra revelada en la historia de la salvación de toda la humanidad se vuelve palabra engendradora de sentido en la historia personal de la salvación. La Palabra dicha a todos se vuelve Palabra dirigida a lo Íntimo de cada ser, y desde allí vuelve de nuevo a hacerse Palabra de un creyente para todos los creyentes, que termina en la glorificación de Dios. Discernir es pues entrar en este proceso de iluminación de la Palabra.

¿Qué es discernir? Es una osadía, porque presupone acoger el misterio del otro como posibilidad de todo, incluso de cambiar totalmente el rumbo de la propia historia. Y esto porque presupone el concurso de Dios, un Dios que ha impulsado y que por tanto —ahí está el atrevimiento— se cuenta con que seguir impulsando sin límites. Discernir es una osadía porque se confía ciega y descansadamente en la fuerza del Señor que no falla. Se da por supuesto que El seguirá interviniendo.

Hay unas condiciones subjetivas para el discernimiento: la oración como disposición para su autenticidad en tanto sea vivida como relación interpersonal, o sea, como afectividad en cuanto relación. Capacidad de ser afectado/a por un tú viviente. Por eso, la fe reside en el corazón y solo ahí se percibe la presencia de Dios en la intimidad del tú. No puede ser confundida con la reflexión, porque no es lo mismo pensar en el tú que percibir su presencia. Ni con la sensibilidad, que depende del momento biopsíquico. Sin embargo, el corazón iluminado por la fe, percibe al tú de muchos modos. Otra condición es la libertad, como capacidad de la persona a comprometerse en la libertad plena de Dios.

Discernimiento como luz que engendra sentido

El peregrino no es un desconocido que entra en la vida de los discípulos sin dejar una señal, sino alguien que les infunde valor y esto es particularmente significativo para el estado de ánimo en que se encuentran. ¿Cuál es nuestra disposición al encontrar los desconocidos en nuestras vidas? ¿Caemos en la desconfianza que jamás dará significado a los encuentros? Si es así, estamos viviendo lo que el mundo produce: desconfianzas, sospechas, descrédito. La presencia de Jesús Resucitado en la vida de cada uno de los/as discípulos/as quiere producir la experiencia de la luz que engendra sentido.

En la simbología espiritual, la noche es a veces el lugar de la intimidad, del encuentro silencioso con Dios como Jesús que gustaba de orar al escoger a sus seguidores, al poner a prueba la fe de los discípulos por el reconocimiento de su misterio mesiánico, y al ser probado el mismo la noche de su pasión. Pero también y con frecuencia la noche es el símbolo " poder de las tinieblas". Jesús usa los dos sentidos de la noche para decir que cuando se tiene la luz del sentido de Dios, la noche física no tiene importancia. En los místicos la descripción de la noche coincide con la ausencia del consuelo sensible, pero con abundancia de fidelidad.

Discernir es separar lo real de lo aparente. Hay una realidad vivida por los discípulos y esta no se puede negar, pero hay otra realidad que Jesús Resucitado quiere hacer entender a los discípulos, que es la manera de como Dios transforma nuestra realidad. Los sufrimientos de este mundo no son definitivos para la Historia de la salvación de Dios.

Los sufrimientos siempre han tenido sentido de noche y oscuridad en tanto que la felicidad y el gozo son entendidos como plenitud de luz. Detrás del sufrimiento “aparente” no hay para los discípulos de Emaús una “realidad” de gozo, por eso la muerte es el sufrimiento final. Justamente esto es lo que la presencia de Jesús Resucitado quiere hacer entender a los discípulos: la muerte no es la última palabra de la existencia humana. Es el fin de un proceso vital dentro de la historia, pero la existencia humana trasciende la propia historia y sus límites psicossomáticos.

La revelación de Emaús es discernir en el sufrimiento "aparente" la "realidad" de gozo que está por descubrir. La verdadera realidad es la comunión de la voluntad creada con la voluntad creadora, o en términos trinitarios, la voluntad del Hijo con la voluntad del Padre. Una voluntad

creada, propia de la humanidad asumida por el Verbo, entra en comunión total con la voluntad divina del destino de la Cruz.

El Padre no quiere la Cruz para su Hijo, pero ambos quieren asumir una historia humana donde las voluntades libres de las personas pueden oponerse radicalmente a los designios de Dios. La existencia del mal en el mundo es la prueba evidente de un amor totalmente confiado del Dios creador. La libertad de matar al Hijo de Dios, que ha sido concedida al género humano, muestra la "impotencia" del Padre de proteger y defender a su Hijo; impotencia libremente fijada en el diálogo de libertades que Dios establece con la humanidad y que aparece en la Alianza que establece con un pueblo para hacerlo señal entre las naciones.

Detrás del sufrimiento "aparente" puede esconderse el gozo de la "realidad" de la comunión de la voluntad del Hijo con la del Padre. Y esa voluntad es precisamente aquella voluntad creadora del Padre que sabe que donde existió la libertad humana produciendo muerte, también puede existir otra voluntad que puede producir vida porque esa voluntad está asumida en la persona del Hijo de Dios.

La revelación total de la Luz la enuncia el peregrino al decir que, "era necesario que Cristo sufriese todo esto para así entrar en su gloria". Esto quiere decir que la oposición entre sufrimiento "aparente" y felicidad "real" no es oposición excluyente. Nos "parece" que donde hay sufrimiento no puede haber "realmente" felicidad y este momento histórico nos distancia precisamente de este sentido teológico del vivir con sentido. Es evidente que ningún ser humano puede eximirse de la experiencia del sufrimiento, pero se pone como absoluto lo que el avance de la ciencia y técnica puede hacer. Por eso vamos perdiendo el sentido profundamente humano que tiene el sufrimiento como camino humano de aprendizaje, de solidaridad, de crecimiento en el espíritu. Creemos que ya podemos crear un mundo eterno de felicidad en la historia. Jesús va por otro camino. Es cierto que el sufrimiento debe ser vencido porque no hemos sido creados 'para' sufrir, pero la victoria sobre el sufrimiento no la conseguimos con remedios, medicinas, analgésicos, sino por el camino de las certezas de relaciones humanas: de una solidaridad que nunca nos abandona aunque sea compartir la impotencia frente al dolor. Lo que Jesús Resucitado quiere enseñar es el camino de una libertad para vivir todas las contingencias del sufrimiento con un sentido superador, con una mística de victoria sobre el dolor. La superación del sufrimiento no viene por disminuir nuestra conciencia, sino por profundizarla; no por encerrarnos en un sueño de inconsciencia sino en una apertura hacia una conciencia mayor que hace del sufrimiento individual parte del sufrimiento del cosmos con su carga positiva de vida.

Porque se vive en el mundo de las apariencias los seres humanos corremos detrás de los placeres y huimos de todos los dolores. La felicidad verdadera no consiste siempre en el no-dolor pero sí consiste siempre en el sí-amor, por eso en buena lógica es posible que el sí-dolor pueda estar junto con el sí-amor y por tanto estar allí la felicidad.

Los discípulos de Emaús comprenden que la historia no puede darnos plenamente la explicación de este sentido de la vida. El Cristo Resucitado nos trae más allá de la muerte, la certeza de que donde hay sí al dolor y sí al amor está siempre presente el triunfo de Dios. Por eso, les arde el corazón porque lo que dice Jesús es justamente lo que anhela el corazón humano creado para la sed de eternidad y del infinito saborear en la finitud.

La apertura a Cristo resucitado como luz definitiva de la historia

El abrirse los ojos de los discípulos coincide con la experiencia de sentido, de luz que vence las tinieblas de las tristezas de sus corazones. Hoy, cada uno de ellos y de nosotros/as los que estamos viviendo nuestra Vida Religiosa en América Latina y el Caribe, estamos invitados/as a vencer muchas tentaciones y a discernir en el camino de la vida que el proyecto de seguimiento supone dar prosequimiento a la obra de Jesús, que es el plan único del Padre y el compromiso con el hacer hermanos/as.

Jesús es maestro de discernimiento porque lo ejercitó en muchas ocasiones de su vida. Tal vez el momento mejor recogido en los evangelios es el tiempo del desierto después de recibir el bautismo de Juan.

Hay discernimiento cuando se descubre el vacío de ilusiones que el placer, el dinero, el poder nos pueden ofrecer. Pero hace falta un discernimiento mayor cuando parece que cierto poder, cierto dinero, cierta influencia social, son decisivos para que la causa del Reino pueda avanzar en este mundo.

Hoy tenemos que rehacer el camino de Jesús ante “nuestras tentaciones del desierto”. También nos dicen que si ofrecemos pan nos seguirán multitudes y relegamos el hambre de Dios que tienen esas mismas multitudes. Olvidamos de unir las dos cosas en el crecimiento del ser humano que tiene necesidades psicosomáticas pero también exigencias del espíritu.

Nos dicen que si hacemos de lo religioso un espectáculo fascinante como el de lanzarse desde el pináculo del templo para ser recogido por ángeles, tendremos la adhesión de multitudes que tienen temor ante las cosas más allá de la naturaleza y no llegan a descubrir que la verdadera religión está en vivir cada día en la sencillez de la vida, la convivencia fraterna, aceptando los miles de pequeños sacrificios para dar sentido a lo monótono y gris de la existencia.

Hay tentaciones de sentirnos los protagonistas de la construcción del Reino de Dios en vez de humildes siervos y colaboradores en un obra que es de Cristo y de su espíritu para la gloria del Padre.

así como la de formar la inteligencia de nuestros estudiantes, olvidando las dimensiones de la afectividad, las vivencias de la comunidad y de la pobreza. Otras son las de equiparlos para el futuro con buenos conocimientos psicológicos o sociológicos, preciosa parte del equipo de todo ser humano, pero insuficiente para la tarea de un Reino que pedimos al Padre porque no depende exclusivamente de nuestra preparación.

Tenemos que preparar sucesores en la vida religiosa conscientes y convencidos del llamado de Jesús para el Reino. Preparar hombres y mujeres para seguir a Cristo, para abrirse al futuro como camino de más sentido para los que nos seguirán. Y sobre todo ante las inevitables durezas de la vida, ante las propias incoherencias de nuestra entrega y fidelidad, ante cada desafío de sufrimiento, educar para dejar a Dios que nos explique las Escrituras, es decir dejar que sea El quien nos revele el sentido de toda apariencia de fin que nos trae el secreto de algo más valioso, que es comprender sus designios.

Superar los criterios de que somos nosotros/as los/las que tenemos que hacerlo todo y a nuestro ritmo. Nos engañamos cuando olvidamos que la obra principal es de la gracia de Dios y el trabajar conforme al ritmo de Dios. Emaús nos enseña a esperar a Dios y su iniciativa de aclararnos aquello que no logramos entender. Toda impaciencia engendra desaliento y hay que darse cuenta que desde ahí hay poca distancia para el orgullo y la autosuficiencia.

Los discípulos de Emaús nos enseñan que hay que predicar certezas. La esencia de la evangelización es anunciar un mensaje y no muchos problemas; un anuncio de salvación que nos es ofrecido precisamente cuanto mayor sea la conciencia de los problemas de cada momento histórico.

El Evangelio es la Buena Noticia de que Alguien está con nosotros hasta el fin de la historia, Alguien nos dice que amar y confiar unos en otros es el verdadero camino de la comunidad y el secreto de toda vida humana.

Anunciamos no algo sino Alguien, pero Alguien inseparable de algo que hay que hacer en la historia y que se llama Reino. Y ese proyecto tiene características de exigencia absoluta de modo que ni la salud, ni la vida, ni el miedo a la muerte pueden ser explicaciones para dejar la llamada. Si la muerte nos pudiera separar del proyecto de Jesús, su llamada no tendría exigencia absoluta. Pero Juan nos dice que la vida eterna ya comienza cuando se cree en Cristo, estamos viviendo la vida eterna en dos etapas en la historia y en la escatología, pero es una misma vida.

Por eso Emaús es central para nuestra fe, porque nos dice que no podemos dejar la comunidad por muy comprensibles que sean las razones que legitiman nuestra desesperación.

Si la muerte de Cristo, a quien seguimos, fuera el motivo para 'romper el contrato' de seguirle sin condiciones, su resurrección nos dice que no puede haber ruptura de ese contrato.

La crisis de la vida religiosa hoy nos lleva a la verdadera y única conclusión del sentido de la vida: o la vida religiosa se vive pascualmente en el Tercer Milenio o no habrá más vida religiosa. No se pueden superar las crisis con odres viejos para el vino nuevo del Misterio Pascual.

Si discernir es separar apariencias de realidades, no nos engañemos con las apariencias de renovación y busquemos las realidades de la Roca Viva que es Cristo y por tanto en donde se puede poner los cimientos de la Refundación de todo el edificio.

Emaús nos dice que la fe no es dar un rodeo para no sufrir, sino es haber vencido la muerte pasando por ella en dirección a la vida. Vivir pascualmente la vida religiosa no significa hacerse ilusiones de que será fácil; la vida religiosa seguirá siendo cruz, pero no la cruz que fabricamos nosotros/as complicando la vida para sacarla de la sencillez evangélica para llenarla de limitaciones y prescripciones que cuando están vacías de amor nada significan como sentido de la vida. La verdadera cruz de Cristo es aquella de los pobres a quienes se les niega el derecho de vivir como hijos de Dios, es la de aquellos que por hacerse solidarios de los pobres son calumniados y perseguidos, incluso hasta la muerte. Optar por los pobres es decir al mundo que los margina y excluye que nadie puede ignorar a aquellos a quienes Dios ha dado el existir.

La muerte que los seres perversos piensan sea la manera fácil de eliminar los obstáculos en sus proyectos, ya no tiene poder sobre los creyentes en la resurrección. Por eso ellos serán tenaces, con la santa terquedad de la fidelidad a Dios y de la certeza de la fidelidad de Dios a sus proyectos de justicia.

Emaús significa todo esto y más para la vida religiosa en América Latina y el Caribe. Es la proclamación de la certeza de que "Cristo está vivo" y se ha aparecido a aquellos discípulos de quienes nos separan dos mil años de historia, pero con quienes vivimos, por el recuerdo del pasado y la esperanza en el futuro, en la inmediata proximidad del espíritu, donde no hay barreras que nos separan ni de lengua, nación, género, clases sociales, porque en Cristo todos somos uno.

La vida religiosa puede anunciar a América Latina y el Caribe la gran unidad en Cristo; nuestro continente está sediento de unidad por sus tradiciones culturales, religiosas, raciales, y sin embargo está permanentemente bloqueado por estériles armamentismos que enriquecen las industrias bélicas. La juventud consagrada en la vida religiosa dice al mundo del futuro que se puede formar a las personas no para la muerte, sino para el servicio, no para el control por la violencia, sino para el crecimiento de una vida social en la cooperación.

"De la abundancia del corazón habla la boca". La comunidad cristiana se edifica básicamente sobre la fe, la esperanza y la caridad. El compartir en el discernimiento de Emaús hizo prender fuego en la fe oprimida por el dolor; en la esperanza de que todo lo que Dios promete lo cumple, en la caridad de que nadie ama más que el que da la vida por otros y por eso perderla. La fe, la esperanza y la caridad han sido confirmadas en la experiencia de la acogida al peregrino desconocido como lección de vida enriquecida por la presencia del otro con quien la historia es un don compartido y responsablemente construido.

A pesar de la variedad de productos industriales que alimentan nuestro deseo de consumo, vivimos tiempos de "desierto", de vacío espiritual, donde la Iglesia escucha voces tentadoras que le llevan a una falsa interpretación de su misión evangelizadora. Lo que Jesús vivió como discernimiento en el desierto, es lo mismo que los discípulos de Emaús, símbolos de la Iglesia peregrina en la historia, viven ante la Pascua de Jesús. Ellos sienten también las voces de la razón, de la evidencia de los sentidos, de que es imposible hacer espacio para el Reino de Dios en los reinos humanos; de que "recortar las exigencias del evangelio" tendría más marketing, porque la humanidad no tiene deseos de utopías sino de instalación en el tiempo presente aunque sea monótono y exige diversiones como "pasa-tiempos" y no como compromisos para hacer del tiempo cósmico un lugar para la historia.

Emaús es el símbolo de una "Iglesia-Esposa" que no solo por motivos feministas, sino de recuperación de sus rasgos esenciales tiene una enorme vigencia en nuestro milenio. En efecto, decir que la Iglesia es "esposa" es decir que la manera de entenderla no es a partir de ella misma ni de su historia dos veces milenaria, ni de sus estructuras de poder y sus formas institucionales, sino en relación con Cristo, enamorada de El, apasionada por El y por su causa, la causa del Reino, que es la causa de hacer una historia de Amor con la humanidad. Una Iglesia que como los discípulos de Emaús, cuando sabe que el Esposo vive, se renueva en la eucaristía y en la misión, que lee la historia de una manera diferente dando a las cruces del camino el sentido de gérmenes de nuevas "glorificaciones del Hijo en el Padre y el espíritu".

PROFETISMO: ENTRE NOSTALGIA Y REALIDAD

Antonieta Potente, op.

Cuando hablamos de historia, hablamos de profecía; se vuelve a despertar en nosotros/as una nostalgia profética, o por lo menos, la nostalgia de ver y conocer profetas: hombres o mujeres. En realidad, la profecía, dentro de la economía divina, es algo diferente de lo que a veces pensamos, deseando ver líderes, alguien que nos venga a salvar, que nos guíe, que sea original. La profecía, desde la economía divina, nace desde abajo. El/la profeta/isa es una persona que tiene un fuerte lazo con la historia, casi depende de ella. El/la profeta/isa, no lo resuelve todo como un líder, porque es simplemente alguien que conoce íntimamente al pueblo y a su historia. Su lazo con Dios, pasa a través del lento ritmo de los acontecimientos y de la realidad.

Quando falamos de histórica, falamos de profecia; redesperta-se em nÓs uma saudade profética, ou pelo menos, a saudade de ver e conhecer profetas: homens ou mulheres. Na realidade, a profecia dentro da economia divina, é algo diferente do que ás vezes pensamos, desejando ver líderes, alguém que nos venha salvar, que nos guie, que seja original. A profecia, desde a economia divina, nasce a partir de baixo. O profeta, a profetiza, É uma pessoa que tem um forte laço com a histórica; quase depende dela. O profeta, a profetiza, não resolve tudo como um líder, porque é simplesmente alguém que conhece intimamente o povo e a sua histórica. Sua ligação com Deus, passa através do lento ritmo dos acontecimentos e da realidade.

Las luces que pueden iluminarnos sobre este tema, son muchas y desde diferentes enfoques. En las reflexiones que siguen, recogeremos sólo algunos elementos preciosos, para poder volver a encontrarnos con las raíces más profundas del profetismo. No es nuestra intención hablar de lo que es la profecía, ni dar un perfil de los verdaderos profetas. Más bien, nos gustaría despojar nuestra mente de todos aquellos estereotipos que han nacido alrededor de esta problemática, sobre todo en los ámbitos de la vida religiosa y de la iglesia en general.

Desde América Latina, muchas veces nos hemos vanagloriado de cómo esta tierra Amerindia, caribeña, Afro, ha sido una tierra de profetas; desde el humus más íntimo han nacido hombres y mujeres, obedientes a la vida y a los sueños que ella contiene. Hoy, sin embargo, no es extraño, sentir que desde estas mismas tierras, nacen como largas lamentaciones, muy parecidas a la que proclamaba el antiguo profeta: ya no hay, en esta hora, príncipe, profeta ni caudillo, holocausto, sacrificio, oblación ni incienso, ni lugar donde ofrecerte las primicias y hallar gracia a tus ojos³. Hay como un clima que respiramos que nos hace hablar de un silencio profundo de los profetas y de la profecía; hay como una especie de frustración alrededor del tema, que nos hace melancólicos, tristes o profundamente desilusionados. Los estereotipos proféticos no corresponden más a la realidad; a partir de ahí, se buscan las razones de este silencio; se intenta justificar, criticar, juzgar y a veces, mitificarlo todo.

Ciertamente las motivaciones pueden ser muchas, teniendo en cuenta que la profecía, primariamente, hace parte de una economía del misterio y, entonces de la economía divina. No quisiéramos enredarnos en los numerosos hilos de esta discusión. Más bien, nos gustaría desatar nudos, para poder ver la historia, como una realidad llena de inspiración, es decir, habitada por anhelos de vida; una historia capaz de soñar, alentada por antiguos vientos de resistencia, de supervivencia, de dignidad, a pesar de todo. Caminar en la historia con la cara triste, lamentando la inexistencia de la profecía y de los profetas, es algo que no sirve, ni a nosotros/as, ni a la misma historia; es algo que evidencia el cansancio de nuestros ojos y los límites de nuestra mirada.

Recogiendo una de las imágenes bíblicas más bellas, sobresale que la profecía, nace de una pregunta: ¿Qué estás viendo jeremías?⁴ . Esta es la pregunta que nos volvemos a hacer: ¿qué estás viendo? Esta es la pregunta que vuelve a despertar la profecía, más allá de modelos proféticos que se han quedado en nuestra tradición. Todos los pueblos en efecto, conocen la experiencia de la profecía, también si no la reconocen como tal o no la llaman con este término. La profecía parece subyacer debajo de la realidad, una realidad lamentablemente muy poco interpelada, conocida, encontrada. Una realidad simplemente objeto de análisis, reducida a esquemas, estadísticas, pero todavía lejana y frecuentemente presente en las pantallas de nuestros computadores.

Por eso la profecía y los profetas siguen revistiéndose de un sentido de lo extraordinario, a veces, casi exótico; siguen ocupando nuestros sueños, nuestras búsquedas, sin ser encontrados/as, sin ser reconocidos. La profecía se ha revestido de algo mágico, algo que llega o llegará de repente.

Como en el tiempo de Jesús, seguimos corriendo detrás de luces que aparecen y desaparecen, mientras vuelve la antigua pregunta que Jesús gravó en las mentes de sus discípulos y discípulas: ¿Qué han salido a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué han ido a ver? ¿Un hombre elegantemente vestido? ¡No! Los que visten con elegancia están en los palacios de los reyes. Entonces ¿a qué fueron? ¿A ver un profeta?⁵.

Mirar, mirar y ver, este es el desafío y decir lo que estamos viendo, superando esquemas, modelos que sólo sirven para darnos seguridad, a veces prestigio, pero que no son realmente lo que estamos viendo y que subyacen en el fondo de la realidad, que nos trae como eco la desafiante voz del Dios de la vida y su sueño. La profecía la vamos entonces, recuperando a partir de estas dos preguntas: La que Dios hizo en los tiempos antiguos a jeremías y la que Jesús hizo a la gente que lo seguía. La primera nos pide volver a hablar de la historia, de la realidad; nos pide no quitar nuestra mirada de ella⁶ . Mientras la segunda, se refiere a la profecía en general, a lo que suscita en nosotros/as una idea, una imagen de profecía y de profeta, que vamos buscando, curioseando en la realidad, sin reconocer la elocuencia del grito que sobresale de la vida. Las dos preguntas tienen un mismo matiz: se trata de algo sumamente sencillo y sumamente histórico. No se habla de visiones extraordinarias, ni de destacados protagonistas. Los elementos simbólicos que nos proporcionan estos dos textos, son sumamente sencillos, puede ser, demasiado sencillos.

Un ramo de almendra es lo que ve jeremías, lo que tiene delante de sus ojos. así como un simple hombre en un desierto, es lo que vieron los contemporáneos de Jesús. La visión revela eso y nada más; cosas, personas, simples acontecimientos. Fechas, días, meses, años, el lento recorrer del tiempo, marcado por la irrupción de la vida o por el silencio total de la naturaleza. Los amigos y amigas de Dios, ven sólo esto y nada más. El primer paso entonces, para volver a reconocer la gracia profética, es reconciliarnos con la vida, hablar con ella y de ella sin cansarnos.

El lenguaje de la visión: algunos paradigmas bíblicos

Ciertamente, en nuestra larga tradición cristiana, la profecía aparece acompañada por algunos paradigmas históricos que hacen de esta misma experiencia algo propio de quienes aman a Dios y al pueblo y con Dios y el pueblo, experimentan exilio, exclusión y resistencia.

Se trata de temas muy solemnes, que a veces, dentro de una cultura laica y religiosa, han sido revestidos con los trajes de los héroes; disfrazados de un sentido de sacrificio y despojados, de toda su autenticidad y sencillez. A través de estas breves reflexiones, quisiéramos sin embargo, quitarles toda esta solemnidad y heroísmo, y devolverlos a la vida cotidiana de hombres y mujeres que caminan humildemente con su Dios. Que no hacen gestos heroicos sino, gestos cotidianos, amantes de la vida y del Dios que la dona y la cultiva en el tiempo.

4

5

6

Un día, visitando un anciano poeta, leí en la pared de su cuarto, una breve poesía que decía:

Los pájaros pueden volar
no porque tienen alas
si no porque son sencillos

así quiero recorrer el camino de la profecía y de los profetas, hombres y mujeres, capaces de volar no porque tienen instrumentos especiales, sino por ser sencillos.

Profetismo, exilio, resistencia, exclusión; estos temas, no podemos leerlos separadamente; su historia es larga, así como larga es la historia y la narración bíblica que el pueblo de Israel, uno entre muchos pueblos, narra y escribe, fijándola en los diferentes textos.

Esta historia, sigue siendo para nosotros/as, sacramental y así la recogemos, no como la única, pero sí, como uno entre los más significativos relatos que los pueblos y las culturas han dejado en el viento a lo largo de su caminata.

Esta historia, también, la vamos leyendo desde nuestro contexto contemporáneo; un contexto en que el exilio-exclusión, así como la resistencia y el profetismo, parecen ser bastante alternativos a lo que es el modelo cultural actual. A pesar de todo, estos tres elementos subyacen y siguen vivos dentro de nuestra misma realidad. Existe exclusión, así como hay resistencia y profetismo. Esta es una historia inédita, secreta, no es la historia institucional u oficial, sino una historia que mantiene otro lenguaje y otra economía. A estos paradigmas bíblicos, cada uno/a podría añadir algo que pertenece a otras culturas no bíblicas, donde los profetas toman inspiración de los sueños, pero también de los cerros, de los lagos, los ríos o los mares. Donde se aprende a leer la hoja de coca, así como se lee un libro y se contempla la luz así como se contempla a Dios.

...boca a boca hablo con Él/ella

"... boca a boca hablo con Él, abiertamente y no en enigmas y contemplo la imagen de Dios"⁷. □

Podemos decir, que a lo largo de la historia, la imagen del profeta asume matices diferentes de acuerdo a una situación histórica y contextual concreta. Pero, también, podemos rescatar aspectos del profetismo bíblico, que coinciden en todos los tiempos y con lo que cada cultura reconoce como profetismo desde su propia hermenéutica.

Si vamos a recoger algunos rasgos del profetismo bíblico encontramos modelos que han inspirado al pueblo o que le han permitido reconocer la profecía dentro de su caminata histórica.

Para Israel, entre muchos, hay dos modelos claves del profetismo: se trata de Abraham y moisés. Con ellos comienza la más grande tradición: alguien (hombre o mujer) que se sitúa en medio del pueblo, para hacer escuchar la voz de Dios⁸. Esto es un dato importante, pero no termina ahí no más.

El hacer escuchar no está necesariamente ligado a un anuncio verbal del mensaje o de la voz, ni para el profeta, ni para el pueblo. Si tomamos Abraham como primero ejemplo, Él no tiene un rol profético clásico, es decir no es alguien que viene mandado expresamente a un pueblo para decir algo.

Su profecía es la fe, cree, en lo que percibe y escucha de Dios; Él es, como dice la tradición hebraica, el pobre loco de Dios.

7 .

8

La invitación de Dios a Abraham es muy bella: Mira el cielo y cuenta las estrellas, si puedes contarlas⁹ Su visión ensancha su vida y su historia.

Mientras moisés, es el que permite a Dios cumplir su sueño de liberación con el pueblo, dentro de la historia; mantiene un dialogo frente a Dios, en el inexpresable cara a cara. El vive una profunda pasión; es interesante, no sabe hablar, es tartamudo, pero es profeta. Es también un hombre de dolores y rechazo; encargado de hablar políticamente con los jefes de los egipcios, hasta preparar la revolución y la huida del pueblo.

En algunos momentos, moisés, como muchos profetas, duda; esto le impide entrar en la tierra prometida, pero hace entrar a su pueblo. Podemos decir, que la profecía de moisés, es la de un abogado, defiende políticamente y jurídicamente al pueblo.

En efecto, el profeta tiene una tarea: cultivar en la historia la realización del sueño divino que el mismo intuye, recoge desde los acontecimientos, los hechos históricos, la mayoría de las veces, en una situación de soledad. ...Él tiene el poder de destruir, derrumbar, construir y plantar; él grita¹⁰ .

Su rol, por ser histórico, es necesariamente político; esto es lo que más se nos hace difícil de entender desde nuestra eclesiología contemporánea. Su rol es crítico, sumamente crítico, frente a la monarquía y al sacerdocio. Es interesante notar, que en la Biblia, precisamente durante el drama de la explotación que viene desde afuera: Babilonia, Asirios,... son momentos en los que el mensaje profético aparece con mayor claridad y fuerza. El profeta piensa, predica, actúa en la vida cotidiana de su pueblo. Un día escucha una voz, ve una zarza ardiendo que lleva consigo la gloria de Dios, encuentra un ángel: así algo se alumbró en Él; de repente se da un cambio desde su ser y se transforma en abogado de la voluntad de su Dios¹¹ y del derecho del pueblo llamado a vivir el sueño divino.

Se trata de una obediencia y, dentro de la perspectiva bíblica, no existe una verdadera obediencia que no sea profética; es decir, la obediencia profética, es desobediencia para el mundo oficial.

El profeta es una persona seducida, en todo su ser; seducida por un sueño, un proyecto, una perspectiva diferente dentro de la historia. A partir de esta seducción, Él o ella, actúan dentro de la realidad; hablan, cumplen, ... De por sí no es ni un sacerdote, ni un jefe del estado; sino, como dice el término: es una persona de Dios y del pueblo. Sus gestos, así como sus palabras son muchas veces simbólicas. Es decir, tiene un lenguaje diferente, que no coincide con el lenguaje oficial. simbólico, en la economía profética, quiere decir real, cotidiano, cercano a la vida, sacramental.

Oseas se casa con una prostituta para significar el adulterio de Israel; Isaías camina a lo largo de tres años, desnudo y descalzo para anunciar la derrota de su pueblo¹² y pone nombres simbólicos a sus hijos; jeremías se pone un yugo alrededor de su cuello; Ezequiel hace cocinar su propio pan en un fuego de estiércol de animal y de hombre, come un pergamino; pasa por periodos en que no habla y no sale de su cuarto, sin moverse de su cama¹³ , se le muere su esposa y no practica el tradicional duelo¹⁴ ; se rasura su barba y sus cabellos¹⁵ A esta lista podríamos añadir otros gesto y otros nombres, casi siempre son paradojas que irrumpen con fuerza en una historia que ya parece segura y fija, dentro de sus esquemas y criterios de juicio.

...entre visión y escucha hasta el camino de la soledad

9
10
11
12
13
14
15

La vida de los/as profetas/isas, está marcada por dos verbos muy significativos en toda la experiencia de fe del pueblo de Israel: ver y escuchar. Pero, según la lógica bíblica, estos dos verbos no significan lo que significan dentro de una perspectiva y cosmovisión occidental. Para Israel y su Dios, lo que se ve hay que escucharlo y lo que se oye hay que contemplarlo. Se trata de una economía al revés. Para eso sirve también el idioma y el lenguaje en que se expresan y que muchos definen como: el idioma de la visión y no de las ideas o de los conceptos.

Esto es el idioma de los profetas, algo que nos lleva a hechos reales y nos acompaña a ver: éste es el lenguaje profético.

A partir de esta visiÓN-escucha, se va desarrollando el destino de los/as profetas/isas, que, no siempre coincide con el destino y el sentir de los demás, aunque su fidelidad al pueblo es total. Esto provoca en el/la profeta/isa una profunda soledad y a partir de la soledad podemos traducir los otros dos elementos: exilio y resistencia. En efecto, no podemos hablar de estos dos aspectos, sin entender el contexto de la vida de un profeta; el exilio es una situación que se crea debida al rechazo, a la exclusión, que un contexto provoca.

Es exilio lo de muchos pueblos aunque vivan en su propia tierra; es resistencia la de quien no deja el paso a la idolatría y resiste en la soledad: no tiene dos señores; ni dos ideas, ni vive en la ambigüedad.

Muchos hoy en día hablan de exilio para indicar el tiempo histórico que nos toca vivir como comunidades eclesiales o religiosas; tiempo de desierto, soledad, etc... ; en efecto, personalmente, no lo creo. Nuestro tiempo no es un tiempo silencioso ni de exilio, porque no sabemos que decir, no hay que mitificar nada, para justificarnos. Nosotros no estamos en exilio, porque no estamos molestando a nadie, sólo estamos un poco confundidos. No estamos resistiendo, sólo estamos reubicándonos dentro de esta historia. Nuestras instituciones son tibias, como diría el Apocalipsis, ni calientes, ni frías. ahí estamos, porque la soledad nos da miedo, mientras esta sería la verdadera resistencia, ubicándonos de una parte; haciendo una opción, decidiendo con quienes estar.

La profecía es una protesta, a veces muy polémica y hay que admitir que hoy en día, esta protesta, no pertenece a las iglesias, ni a nosotros/as, dentro de la vida religiosa.

En la profecía, la denuncia es clara, no es un rol de mediador, ni de facilitador, es una posición en contra; los/as profetas/isas, acusan a los jefes de ser quienes comen la carne del pueblo y quiebran sus huesos para despedazarlo como carne en la olla¹⁶. Ellos/as son muy claros/as y saben, que a esta gente arrogante y poderosa, Dios nunca les habla, por eso no se ponen de su parte.

Pero, esta denuncia llega más allá de lo que es una crítica socio-política. Hay una denuncia que toca el ser humano, su modo de ser, su egocentrismo y egoísmo, su orgullo. La propuesta profética es la de caminar humildemente con Dios¹⁷. De ahí nace el despojo de todos los estereotipos proféticos a que nos hemos acostumbrado y anclado muchas veces, también nosotros/as desde Latinoamérica y el Caribe. De la Biblia recogemos este hermoso juego de la vida de los/as profetas/isas: entre mística y política, entre evidencia de la visión y secreto. El camino humilde con Dios, lo que nos pide es reconocer las cosas de la vida y de la historia; aprender a hablar con la vida.

El mensaje que nace del sueño profético, podríamos decir que es total, completo; comprende lo humano y la creación, la tierra y los animales y debe hacer soñar y creer a todos estos seres que se mueven en la historia: Serán vecinos el lobo y el cordero, y el leopardo se echará con el cabrito, el novillo y el cachorro pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá. La vaca y la osa pacerán, juntas acostarán sus crías, el león, como los bueyes, comerá paja. Hurgará el niño de pecho en el agujero del áspid, y en la hura de la víbora el recién destetado meterá la mano. Nadie hará daño, nadie hará mal, en todo mi santo monte....¹⁸

16

17

18

El profetismo es la expresión más fuerte de la crítica en contra de la muerte como injusticia; la contestación y desobediencia, en contra de los poderes humanos y de los que los alimentan; el deseo, en fin, de un cambio radical del orden (o desorden) mundial.

A partir de eso podemos decir también que la resistencia se cultiva en una economía divina y de fe, muy profunda. La resistencia, podríamos decir es como una virtud teológica; se cultiva en la fe. Y esta fe se cultiva en el conocimiento de Dios, el memorial, es decir, el conocimiento, la experiencia.

El profeta tiene conciencia de todo eso; todos pueden soñar¹⁹ y esto asegura la resistencia. A veces el profeta, no habla directamente con Dios, pero escucha voces que le inspiran; habla con el mensajero que habita en Él/ella y que le invita a mirar lejos: esto es el mesianismo, este es lo apocalíptico. La fuerza de la inspiración es tan grande que hace posible la visión de la palabra, así como los hebreos en el Sinaí, veían las voces²⁰.

Para llegar a la profecía es necesario el sueño, sumamente necesario, para poder profetizar y para poder resistir. El exilio es una consecuencia, en realidad, una consecuencia solidaria, que nace de la solidaridad, del lazo profundo entre el/la profeta/isa y el pueblo en su contexto.

En el sueño divino, el pueblo sale del exilio, el exilio es una etapa que hay que superar, porque es injusta y violenta. Es sinónimo de muerte y destrucción; pero también de corrupción, de tentación para el pueblo; de desesperación, explotación y esclavitud. La profecía llega precisamente para rescatar el pueblo de esta situación; anima y provoca la salida del pueblo de ese contexto. Condena los que se aprovechan del pueblo exiliado, los que lo explotan y utilizan, como por ejemplo los egipcios.

Hay que recuperar entonces una vocación profética, que no es una vocación heroica al martirio, sino una fidelidad y una pasión y seducción para una historia totalmente liberada. Nuestras iglesias están todavía demasiado envueltas en un espíritu heroico que, muchas veces, las hace enfermas de protagonismo y paternalismo. Pienso, sin embargo, que desde esta perspectiva, es importante recuperar el aspecto de la gratuidad profética y del asombro, actitud de espera del signo, del kairos o de los kairos.

... se nos dio la profecía

Volver a la profecía, significa volver a escuchar un llamado, a través de gemidos o de gritos, que sobresalen de la realidad. Son personas: hombres, mujeres, niños, jóvenes, pueblos; categorías sociales que desde lo más hondo gritan el de profundis²¹ de la humanidad sedienta, en búsqueda, amenazada, desprotegida, engañada, vendida por un par de sandalia a las multinacionales²².

Si estamos en el vientre de esta humanidad, como Jonás en el vientre del tiburón, no podemos simplemente mirar y continuar a vivir. Si estamos en el vientre, nuestra vida se hace inquieta; somos parte, tomamos parte con ella, de este mismo de profundis, de este mismo gemido y grito. Lo que recogemos desde la historia, nos pone frente a una urgencia, que nos pide salir de nuestros dolores personales, individuales, para asumir el mismo destino de la única historia de Dios, que es la de nuestros pueblos.

La historia es una voz elocuente, un grito que despierta, como dice el profeta: ruge el león. ¿Quién no temerá? Habla el señor, ¿quién no profetizará?²³ La elocuencia de la historia, no sólo nos interpela, sino es la elocuencia de Dios, su lamentación, su nostalgia, su búsqueda y su tristeza. Por todo eso, no hay otra respuesta que una verdadera y profunda solidaridad histórica, acunarnos al pueblo que carga con el peso de lo cotidiano.

20

21

22

23

Para la profecía y los/as profetas/isas, no existe una comunión espiritual, más bien sólo una comunión real; es la presencia real, de los Cristos de la historia, que vuelve a despertar nuestro amor, nuestra pasión compartida, el dolor de nuestras entrañas.

...era el día de la preparación de la Pascua y alumbraba el sábado

Hay una profecía que subyace secretamente en la historia y que nos acompaña, una profecía parecida a muchas profecías que se volvieron a despertar alrededor de la vida y de la muerte de Jesús. Recojo sólo un relato muy significativo; lo que cuenta Lucas, como una escena que encierra el drama que vivieron las primeras comunidades, cuando murió su señor y Maestro. Se trata de Lc 23, 50. 24,1-8. Estas escenas, apoyan sus luces dentro de la historia real, con su injusticia, con su muerte, pero también, con su misteriosa resurrección.

Situaciones de muerte, pero con perfume a resurrección, a vida; días de Paresceve, pero donde se vislumbra el amanecer del s-bado. El evangelio de Lucas, nos ubica en este contexto de profunda inquietud, dentro de la historia que anhela, que gime y sufre, pero también que celebra, baila y sueña. Los gestos que sobresalen de este texto, no son simplemente actitudes compasivas frente al dolor de alguien conocido, querido, sino se trata de actitudes políticas, de compromiso con la muerte de alguien, que, como para José de Arimatea, no pertenecía al propio grupo.

Hay después, los gestos de las mujeres, su extraña osadía. Ellas se acercan siempre más a esa situación de muerte, miran donde viene colocado el cuerpo²⁴ y después van a la casa y preparan aromas, perfumes, es decir, preparan, anticipan algo, se alistan para algo. Estos gestos podríamos traducirlos de muchos modos, pero todos son gestos inquietos, solidarios, amantes, que hacen de estas personas, José de Arimatea, las mujeres, personas presentes, históricamente presentes en los acontecimientos; históricamente contemporáneas dentro de una realidad que acontece.

Estos gestos, místicos y políticos, pasan por el tocar, acercarse al cuerpo muerto, a los lugares dramáticos y conflictuales de la historia.

...un cuervo y una mujer... le dieron pan y resistieron

Dentro de la economía divina, la profecía entonces, parece surgir desde abajo, donde el/la profeta/isa es una persona que tiene un fuerte lazo con la historia, casi, depende de ella. No es quien lo resuelve todo, como un líder, sino es fiel compañero/ra de sus ritmos. Su lazo con Dios, pasa a través del pueblo y de su historia. A veces, nosotros pensamos que ser profeta es hacerlo y resolverlo todo: nuestra profecía es todavía muy egocéntrica. Mientras en la Biblia es importante la participación de todos y de todo en el cumplimiento de la solidaridad y de la justicia, en un momento dramático para el pueblo y la creación: la sequía, como narra el libro de los reyes²⁵. El profeta Elías, que parece ser el protagonista, en realidad no lo es; viene ayudado: son los cuervos, el torrente, quienes lo cuidan, lo protegen, participando a una solidaridad cósmica²⁶. La dependencia del profeta de la Palabra que Dios le revela, es total; la Palabra es su ritmo: el señor me dijo... Pero también la dependencia de la historia, de los acontecimientos que se dan en el pueblo, es total y es su ritmo. El vive la sequía, como la viven todos: el pueblo, la tierra, los animales y, el milagro, la multiplicación que es el realizarse de la justicia, se da por una mujer, viuda, y por las pocas cosas que tiene: un poco de harina y un poco de aceite. Ella es la protagonista de la profecía: ella es verdaderamente profeta. Los gestos de la justicia entonces, resplandecen, pero no son gestos que se hacen con lo que sobra, sino con lo que apenas tenemos; lo que tiene la historia, la humanidad y la creación. Es una eucaristía: dar de comer. Es lo mismo que pasa en el relato de Jn 6,9: había un muchacho que tenía pocos panes y pocos pescaditos.

24

25

26

La profecía no asegura un milagro que viene desde lo alto, que nace desde la nada, porque la justicia se puede realizar sólo desde lo poco o lo mucho que tenemos, pero ciertamente no, desde lo que nos sobra. Quien tiene la tentación de pensar que la justicia es como un repentino milagro, piensa como el demonio. En efecto es el demonio, que nos hace pensar que de las piedras se pueda sacar pan²⁷. La justicia está en nuestras manos, caminado con todos/as, en los senderos de la historia más cotidiana. Nace de los derechos reconocidos, nace de la paz, posibilidades de convivencia políticas y sociales que tenemos en nuestros pueblos. La justicia se da a partir de relaciones cotidianas auténticas y verdaderas, en que las cosas simplemente pasan en nuestras manos, los dones circulan.

Estas son las cosas de las cuales deberíamos ocuparnos y preocuparnos; estas son las cosas de Dios, sus sentimientos que brotan desde una realidad con colores, ritmos y pasos de danzas diferentes, que nos invitan a entrar en un sueño y en una pasión: esta es la tímida, pero viva, profecía que la historia lleva en su vientre de tierra y agua.

Lo que no hemos dicho

Al leer estas breves reflexiones, algunos/as se preguntarán porque no hablar y citar como profetas a más mujeres de la Biblia, rescatando otros aspectos de la profecía. Ciertamente hay todavía mucho que decir y no sólo porque no hemos hablado de una profecía específica de las mujeres, sino porqué no hemos hablado de la profecía que traen las nubes o los vientos; el canto de los pájaros o la presencia del colibrí / picaflor. Tampoco hemos hablado de la profecía que marcan los juegos de las sombras o del café en el fondo de una taza, como un día me enseñó un amigo del Líbano. Todo eso y algo más lo dejamos en el silencio, es decir, en el lecho del río de la vida. Nuestras reflexiones querían invitar simplemente a volver a mirar la historia y a decirnos, día tras día, lo que hemos visto y oído. Cada uno/a a partir de estas débiles e incompletas reflexiones, comience a hablar y a profetizar.

FUTURO DE LA VIDA RELIGIOSA28 □

Carlos cardó Franco, sj.

Este artículo plantea algunos aportes sobre la forma en que los religiosos y religiosas del siglo XXI han de imitar y seguir a Jesús en pobreza, castidad y obediencia, quienes mediante un testimonio profético y contemplativo se han de implicar en la crítica a los valores y estructuras sociales y eclesiales, yendo por el mundo de una manera diferente, con un lenguaje más humilde, capaz de expresarse en signos y actitudes visibles de misericordia y en comunión por los pobres y con los pobres ofrecer al mundo, en la Iglesia una continua y necesaria memoria de Jesús.

Este artigo propõe algumas contribuições sobre a maneira como os religiosos e religiosas do século XXI não de imitar e seguir a Jesus em pobreza, castidade e obediência. Estes, mediante um testemunho profético e contemplativo haverão de implicar na crítica aos valores e estruturas sociais e eclesiais, indo pelo mundo de uma maneira diferente, com uma linguagem mais humilde, capaz de expressar-se por sinais e atitudes visíveis de misericórdia e em comunhão pelos e com os pobres oferecer ao mundo, na Igreja, uma contínua e necessária memória de Jesus.

En los umbrales del tercer milenio, los institutos de vida religiosa se plantean nuevas cuestiones sobre su propia identidad y discernen las exigencias de su misión. El deseo común es poder hablar el lenguaje cultural de las personas a las que son enviados para anunciar a Jesucristo, poder convivir con los pobres en el marco de los nuevos desarrollos socio-económicos y político-culturales, y, por último, lejos de encerrarse en sí mismos, aprender a llevar a cabo su misión junto con las fuerzas vivas de la Iglesia y con todas las personas de buena voluntad, gracias al diálogo intercultural e interreligioso.

El Sínodo sobre la Vida Consagrada pidió a los institutos religiosos que pusieran al servicio de la Iglesia y del mundo, y no sólo para sí mismos, la riqueza de su patrimonio espiritual y que, en lugar de avergonzarse de ser diferentes, vivan en plenitud su espiritualidad específica y crean que de este modo ofrecerán su mejor servicio.

No obstante, se puede observar que muchas formas de vida religiosa han venido a quedar domesticadas por una excesiva identificación con la ley, con las estructuras y con las costumbres eclesiales y que no son pocos los cuestionamientos que se formulan respecto al estilo de vida que las comunidades religiosas manifiestan. A juicio de muchos, este estilo, aunque no especialmente escandaloso, no acaba de poner distancia frente a la realidad del mundo. Se podría decir que vivimos poco la insatisfacción con este mundo y que nos hemos dejado transformar con sus criterios. Tenemos una espiritualidad que atrae personas, pero no logramos siempre encarnarla en una forma corporativa de vida que la exprese y, a veces, se siente cierta tendencia a acomodarse en vez de estimular el crecimiento en el compromiso evangélico. En otras palabras, no se aprecia una marcada voluntad de adoptar un estilo contracultural de vida. Por todo ello, se siente la necesidad de una renovación profunda que no puede ser solamente individual sino corporativa, ni solamente espiritual sino apostólica. Si nuestra vida institucional no transparenta y hace efectivos los valores evangélicos, la vida personal se neutraliza. El cuerpo apostólico necesita el estilo de vida y no sólo la conversión personal.

Dice a este propósito el general de los jesuitas: "Algunos institutos religiosos se han quedado sin futuro porque su misión en la Iglesia y para la Iglesia simplemente ha concluido; otros institutos se han desinflado en cuanto no se han dejado "inflar" por el soplo, del espíritu. Es fácil no encarar con rigor la crisis de la vida religiosa o no reconocer su ocaso. Basta con zambullirse en el trabajo cotidiano, que no nos falta, dejar en manos de nuestros sucesores el diluvio que viene. También es posible hallar un modo de evadirse en un espiritualismo devocional o esquivar el problema lanzándose a un trabajo profesional que proporciona la sensación de un cumplir tranquilizante. En ocasiones se elude el envite corriendo de

evaluación en evaluación, de reunión en reunión, o fiándose de estatutos y estructuras a la espera de que nos den lo que no pueden darnos. Después del arduo trabajo emprendido y ya culminado por casi todos los institutos de reforma de constituciones acomodadas y complementadas de acuerdo a las expectativas, es fácil quedarse tan satisfechos en una especie de euforia que prescinde la dura realidad de una crisis y de un declive en cantidad y sobre todo en calidad, que se hacen sentir cotidianamente. La mayoría de nuestros institutos tienen hoy lo que necesitan: un patrimonio espiritual puesto al día, un pleno y fructuoso empleo, una visión del futuro; pero todo (gracia de Dios y vocaciones) dependerá de nuestro entusiasmo por convertir nuestro corazón al camino por el que el señor nos llama, el camino trazado en nuestras constituciones, en lo que ellas tienen de más evangélico, más carismático, más profético"²⁹.

El mundo que se nos viene

Revisar la visión que tenemos de la realidad

Para lograr una adecuada inteligencia de nuestra identidad y en función de ella una adecuada renovación de nuestro estilo de vida y de nuestra misión, es necesario revisar la visión que tenemos de la realidad para entender sus desafíos, sus interpelaciones, sus necesidades y anhelos. Pero topamos aquí con el problema de la percepción: Cómo percibimos el mundo que se nos viene. La percepción en sí misma es ya una predecisión. El mundo corre, se interconecta, se acortan sus distancias, la noticia vale si nos viene del lugar de los hechos en el preciso instante en que éstos suceden, la visión se hace global. Frente a esta rápida evolución y sin capacidad de percepción, muchas instituciones eclesiales se tornan obsoletas.

Por eso, los religiosos deben revisar su oferta: cuáles son las palabras específicas que los designan, identifican y explican: cuál es la aportación que pueden brindar a la sociedad y a la Iglesia, lo que consideran necesario para el mundo de hoy y que, si ellos no lo ofrecen, nadie lo hará.

Y deben también revisar su perceptividad; nuestras palabras y ofertas no son las únicas que sirven, hay otras plurales tradiciones que hay que saber escuchar y recoger, para confrontarse y complementarse con ellas.

Además, hay que reconocer que las sociedades advenientes son "sociedades en deliberación y debate continuo"³⁰. Al entrar en crisis la "razón universal", al no ponerse de acuerdo con una ideología, al no haber una sola religión unánimemente aceptada, la sociedad vive, en la incertidumbre de los fines y el debate se prolonga como el espacio de búsqueda de esos fines; en Él se discute su alcance, sus aplicaciones, sus defectos. La sociedad tiene necesidad de apelar a todas las instancias de sentido presentes en ella para alimentar ese debate que la constituye básicamente. La Iglesia, y los institutos religiosos dentro de ella, deben comprender su papel y su oportunidad de participar en este diálogo común que la sociedad emprende consigo misma, no pueden quedarse al margen. Allí pueden y deben aportar el recurso de su tradición espiritual y moral, de su sabiduría secular, de su concepción de la vida.

Las nuevas culturas o mentalidades "postmodernas"

De este "debate" ha ido surgiendo -con distintos matices, según la diversidad de las regiones socioeconómicas del mundo- la llamada cultura o mentalidad postmoderna, que llega hasta nosotros, e impacta sobre todo a nuestros jóvenes, por acción de los medios de comunicación. Ella propugna un cambio radical que se expresa en actitudes "post". Alguien ve la mejor expresión de esta actitud en la respuesta de Kafka: "Si me preguntas a dónde voy, te diré que no sé..., sólo sé que me voy de aquí, que salgo de aquí y que sólo así podré hallar mi destino".

En la base de esta mentalidad se halla el rechazo de cuatro postulados básicos del modernismo: el mito del progreso, la validez de las ideas claras y distintas de la llamada razón

universal, la autosuficiencia del individuo autónomo, y la pretensión de control sobre la naturaleza³¹.

En efecto, crece cada día más la conciencia del carácter ambiguo del progreso. Pocos dudan ya del hecho incontrovertible de que todo progreso conlleva casi siempre un retroceso concomitante. Ya no convence el sueño del progreso irreversible, que ha servido para fomentar el consumismo. La perspectiva es otra: la de la realidad dolorosa de los que están en el reverso de la historia, la de los vacíos y fallas que manifiestan los llamados adelantos humanos.

Por otra parte, las ideas claras y distintas de la así llamada "razón universal" se revelan incapaces de conducir a la sabiduría, porque tal "razón" no ha sido otra cosa que el vehículo del pensamiento de los privilegiados. Ahora se procura respetar la pluralidad, asumir la ambigüedad propia de la conciencia humana y mostrarse sensible a las diferencias porque ellas proceden, en definitiva, de las distintas formas de ubicarse las personas en razón del género, de la raza o de la clase social.

Ante la angustiada soledad y escepticismo en que viven millones de gentes, se rechaza asimismo el individualismo rampante que brota por todas partes, y se tiende, en cambio, hacia la comunidad y a la tradición, con gran estima por la solidaridad y la paz.

Por último, después de las catástrofes producidas por la tecnología moderna y por las grandes empresas transnacionales, ya mucha gente duda de poder hallar vida o fomentarla con la confianza puesta en la supremacía humana sobre los recursos de la tierra. Ante el riesgo ecológico, la perspectiva de sobre vivencia se abre más bien al fomento de un parentesco afectivo con la vasta familia del cosmos.

Borrados estos cuatro rasgos fundamentales de la mentalidad moderna, se dibuja un cuadro de fuerzas sociales, económicas y políticas contrapuestas que vienen a actuar en la cultura, produciendo necesariamente cambios en la vida religiosa:

- La democracia, que inspira un estilo de gobierno más participativo que autoritario,
- La preocupación por lo global, que subvierte el provincialismo;
- La toma de conciencia de las injusticias económicas y sociales, que impulsa la acción para superar la pobreza y promover la justicia;
- La proliferación de la violencia, que impone la necesidad de enseñar y modelar soluciones pacíficas a los conflictos y promover una cultura de la paz;
- La oposición al militarismo y el apoyo a los gastos en favor la vida;
- La crítica moral al materialismo, que exige dar al mismo tiempo un testimonio contracultural de sencillez de vida y de valoración de las personas por encima de los productos del mercado.
- El rechazo del aislamiento del individualismo autosuficiente y competitivo, mediante un mayor aprecio de la interconexión esencial del género humano y la aspiración a formas genuinas de comunidad entre personas verdaderamente libres y responsables;
- El etnocentrismo, el racismo y la insensibilidad para con otras culturas, que llevan, como reacción, a la afirmación de la dignidad fundamental de todo ser humano;
- El feminismo, que aboga por la inclusión plena de la mujer en esta dignidad humana, con la consiguiente superación de patriarcalismo;
- La crítica del dualismo mental y la afirmación de la persona en su integridad "incorporada".

La cultura de los jóvenes

Las repercusiones de todos estos cambios en la mentalidad y actitudes de los jóvenes de hoy está siendo objeto de muchas investigaciones³². De los múltiples rasgos fenomenológicos que tales estudios analizan, se pueden destacar los siguientes:

Se les ha cambiado el mundo y ellos no han intervenido. Es lo más grave. Los cambios socio-culturales que se han producido no han sido parte de la experiencia vivida por los jóvenes. Ellos saben lo que ha ocurrido en el país y en el mundo pero casi sólo de oídas, y si se lo apropian, es como algo de segunda mano. Por lo demás, lo que ellos ven es otra cosa:

- ausencia de espacios sociales específicos para ellos,
- crisis de instituciones que deberían acoger y proteger al individuo,
- crisis de las personas representativas de las instituciones (autoridad).

De ahí, la necesidad que sienten de medios para reunirse, referirse, expresar los propios impulsos, y de ahí también la aparición de núcleos que pueden estar a contracorriente de los movimientos sociales en dispersión.

Ven el futuro como amenaza. Para los jóvenes el futuro ha dejado de ser objeto de deseo o lugar de promesa y se ha convertido en amenaza (incertidumbre, preocupación). No sólo en los países desarrollados hay un tercio de jóvenes que creen que las cosas van a ir peor, otro tercio que piensa que todo seguirá igual y un tercio final que cree que mejorará. Como consecuencia de esto impera la vigencia del pragmatismo, la gestión de lo real: "hay lo que hay", o en todo caso, la opción por lo menos malo. No se busca el cambio social sino los beneficios en lo que hay, en lo de hoy, porque nadie sabe como será el mañana. Se ha dado, pues, un enfriamiento de la utopía, un agotamiento de los símbolos que poseían fuerza movilizadora. Y lo importante no es el sueño comunista ni el sueño americano; hoy resulta difícil soñar. El realismo no hará de la política la única pasión.

Sienten que todo es complejo y que "todo depende...". Es la forma mental o estatuto lógico de lo social en la cultura juvenil. Ante ese mundo hecho por otros, los jóvenes aparecen como saliendo de un estado simple para introducirse en la naturaleza esencialmente compleja de las realidades sociales. El depende, que suelen emplear en sus valoraciones y juicios, intenta expresar su captación de lo real como una complejidad que no se aprehende fácilmente y también la dificultad para optar por respuestas simples. No les es fácil designar el lugar donde hay que colocar el límite entre el bien y el mal. Para ellos han perdido legitimidad las explicaciones centrales y únicas, se impone la diferenciación. La realidad que se les muestra es fragmentada y se siente mejor cuando es fragmentada. Así, el hábito del zapping³³, que tanto incomoda a los mayores, viene a significar que la realidad fragmentada, compuesta de distintos trazos, posibilita elegir constantemente muchas opciones. De ahí, las identificaciones provisionales con objetos deslumbrantes pero efímeros, que marcha a la par con el desinterés por las grandes historias y narraciones.

Lo normativo: ¿quién puede llegar a eso...? Muchos de los valores que más se transmiten son anacrónicos con la realidad que ellos viven, o configuran modelos a los que no pueden llegar, sino parcialmente. Surgen el miedo a defraudar o el querer aparentar, el mostrarse como si... Ante esto cabe preguntarnos que "debe-ser" transmitimos y cómo lo transmitimos, pues puede ser una violencia el transmitir algo que la mayoría no puede y la minoría ya lo ha relativizado. ¿Cuál es el "debe-ser" que la congregación propone como ideal y cuánto de este "debe-ser" es viable, adecuado a las posibilidades humanas de los jóvenes? Aunque también hay que reconocer que a veces simplemente ya no hay norma ni límite preciso sino ambigüedad, por el miedo, vergüenza o perplejidad de los padres y formadores a equivocarse, a aparecer como anacrónicos, o caer en el autoritarismo y la represión. Los jóvenes entonces desenchufan, se autoabastecen por su cuenta como pueden, asumen autonomías no siempre consistentes. Y esto nos tiene que hacer pensar puesto que es innegable que el desarrollo evolutivo del ser humano pasa por procesos de referencia a modelos de identificación, que normalmente han de

32

33

ser los padres, los formadores, los superiores, que son quienes transmiten la "forma", quieranlo o no, aunque ya se sabe: "nadie da lo que no tiene..."

La valoración de la centralidad del cuerpo es pieza fundamental en el aparato psíquico del joven de hoy. El cuerpo es objeto de atención y superación, de construcción y comunicación, de trabajo, protección y vigilancia. Es una especie de "capital físico", el espacio más propio, que se posee para cultivarlo, explotarlo, transformarlo y hacerlo rendir. Prácticamente todo en la juventud lleva el carácter de una aventura corporal. La vida del joven aparece entonces, en buena parte de ella, dedicada a cuidar el propio cuerpo, protegerlo, embellecerlo. Al mismo tiempo la expresión corporal cobra importancia como medio esencial para la comunicación va unida a la pasión por la música. La música es espectáculo total: el joven canta, baila y escucha la música como una aventura corporal que afecta al alma y a los sentidos. Es también comunicación: con música no se necesita hablar; el volumen alto niega la comunicación sino que declara a la música misma como mensaje y comunicación amplificadas. La música, además, identifica a los grupos.

Hay valores en todo esto, pero hay que distinguirlos, por ejemplo: la reconquista del cuerpo para la relación interpersonal humana. Alguien ha dicho que el cuerpo se ha cargado de alma, se ha recuperado espíritu; sin dejar de ser cuerpo, se vuelve alma desde que se le reconocen atributos que antes fueron "espirituales".

Dificultad para la pertenencia. ¿Por qué tenemos que cargar con eso? La pertenencia es un elemento básico del proceso de identificación. Se crece en ella y nunca está acabada. Pero la pertenencia a lo distinto es vivida por los jóvenes como riesgo. Identificarse con lo otro es enriquecerse y ampliar las propias potencialidades, pero es también cargar con una herencia y con unos límites. El joven se debate entre el conservar y renovar, subvertir y mantener. Si esta búsqueda se realiza a solas es mucho más dura y complicada. Tarea importante es, pues, descifrar sus resistencias a pareceres o involucrarse, y sus deseos (legítimos o no) de mantener aquello de que son portadores. Sin esta tarea de clarificación, se incurre en el peligro de las ritualizaciones y en el error de creer que porque asumen determinados "ritos" ya están "metidos". Así, sólo se logra esquivar el problema de fondo que, sin duda, consiste en la dificultad para asumir compromisos definitivos, dificultad que tiene con ver con personalidad y entorno y que muchas veces lleva al joven, deseoso de definirse en la vida, a tener que sufrir en soledad su propia confrontación con lo que le rodea, pues ¿quién no tiene en casa un divorciado, un ex-cura, o una ex-monja?

La vuelta de lo religioso

No cabe duda, sin embargo, que junto al escepticismo y aislamiento que caracterizan la conciencia contemporánea, se da también una vuelta al misterio. Dios ha vuelto. La razón moderna duda de sí misma y vuelve a Dios como problema. Y hay un formidable despertar religioso que se expresa en la búsqueda de formas nuevas, de experiencias místicas curiosas, principalmente extraídas del Oriente. Muchas veces es una vuelta caracterizada por la búsqueda de seguridad (salvación): de ahí los fundamentalismos que no soportan la duda y son profundamente antihermenéuticos, acrílicos, deshumanizadores en última instancia.

Frente a esto, se ve la necesidad de elaborar un discurso teológico-espiritual nuevo que acompañe esta experiencia y no se oriente sólo a dar razón de ello de manera especulativa. Habrá que ir más a la Biblia y a los místicos, recordando la predicción hecha por Karl Rahner: "El cristiano del S. XXI será un místico o no será."

La razón de esto es que mucha gente en el mundo actual más allá de las cosas, ve que no todo puede ser trabajo, agitación y mercado; se interesa por asuntos que hasta hace unas décadas eran propios sólo de monjes: la gratitud, lo estético, lo contemplativo. Buscan la experiencia simbólica, dialogal. Prefieren lo íntimo, la búsqueda y expresión de lo propio, aquello que produce resonancias internas. Es, además, una experiencia plural y sincrética y, en este sentido, es una vuelta a lo religioso pero no a las Iglesias. Hoy no se cuestiona a Dios mayormente, se cuestiona a las instituciones que actúan en nombre de Dios, se cuestiona la pertenencia a la Iglesia o a un instituto. Muchos sienten que el Dios que la Iglesia presenta no es el Dios de Jesús. Y se muestran aburridos o desinteresados por las formas cómo la Iglesia

les presenta muchas veces la relación con Dios: liturgia católica oficial, fría, rígida, distante, verticalista, no participativa, no afectiva, no "corpórea". Asistimos, por ello, a una crisis de las mediaciones, en general, que han perdido autoridad moral. Tienen fuerza las "religiones privadas". Y ante la pluralidad de ofertas religiosas, el creyente toma un poco de cada una para hacerse la suya propia, una religión al gusto del cliente, que puede ser una religión light, que no compromete y que hace sentirse bien.

La tarea de discernir el grano bajo la paja es ardua y delicada, porque algo bueno debe estar germinando, sin duda, en esas formas y opciones nuevas de acercarse al misterio, pero siempre habrá que afirmar, por lealtad al Evangelio, que la religión verdadera saca de la comodidad egoísta, el Evangelio incomoda.

Asimismo, habrá que revisar la pedagogía religiosa que empleamos para que sea fuente de convicciones profundas y de integración de la persona en sí misma y en la comunidad. La auténtica experiencia de Dios es eso: fuente de integración. Y son las convicciones hondas, que nacen del compromiso con otros concretos, las que posibilitan darle un sentido a la propia vida. Habrá que evaluar, por ejemplo, qué opciones de cercanía y de lucha por el pobre han sido verdaderamente duraderas. Podemos adelantar que han sido aquellas que han fomentado el surgimiento de amistades reales y convicciones profundas, y no las que meramente respondieron a una corriente de opinión más o menos generalizada (aunque ésta fuera la mejor lectura de los signos de los tiempos).

La experiencia de Dios es integradora cuando es comunitaria. Las convicciones no son las de una persona sola. Ahí se da la armonía entre lo místico y lo práctico, propio de la fe cristiana. Habrá, pues, que demostrar que la atracción mística puede conjugarse con la coherencia personal y con el compromiso histórico-social.

Identidad y misión de la vida religiosa

En el marco de estos contextos socioculturales y religiosos abiertos al siglo por venir, se nos pide, pues, repensar nuestra identidad y misión en la sociedad y en la Iglesia.

Hacia una redefinición no por oposición al laicado

A menudo se ha definido la vida religiosa en oposición o en relación de superioridad respecto al laicado. Durante siglos se ha definido la vida religiosa como estado de perfección y seguimiento radical de los consejos evangélicos. Esta fundamentación perdió toda base en el Vaticano II. No cabe ya hablar de estado de perfección porque todos los estados cristianos lo son. Además, en la actualidad a nadie le extraña que muchos consideren el matrimonio como una opción más radical que el celibato, o piensen que la opción sacerdotal o religiosa no implica de por sí mayor radicalidad que la vida laical. Por eso, la misma fórmula "seguimiento radical de Jesús" tampoco sirve para designar la vida religiosa o distinguirla de otros estados, puesto que hay cristianos no religiosos, cuyo seguimiento es también (o más) radical.

La vida religiosa hay que entenderla desde lo común a la vida cristiana que brota en el bautismo y se desarrolla en el mundo sin ser de él. Más aún, a diferencia de la estructura jerárquica que pertenece a la estructura de la Iglesia y ha estado presente en ella desde sus orígenes, la VR surge en la comunidad de los simples bautizados, a impulsos del espíritu, y por eso hay que situarla en el ámbito de lo carismático.

En cuanto a imitar y seguir a Cristo, dando testimonio de Él, aún con el martirio si fuere menester, todos los bautizados somos iguales. Sobre este suelo común nace la vida religiosa no como algo superior sino como algo diferente: como una forma distinta de imitar y seguir a Cristo.

Los religiosos son personas en quienes el amor de Cristo promueven un impulso irresistible a reproducir aquellos aspectos de la vida y persona de Jesús que resultaron centrales para su misión y forma de presencia en el mundo. Concretamente, ellos actualizan en la comunidad de

los bautizados tres rasgos concretos, existenciales y totalizantes de la vida de Jesús: su castidad por el Reino, la pobreza en que quiso vivir y su obediencia al Padre.

Es cierto que el recto ordenamiento moral de la sexualidad, el desapego de las riquezas y el olvido de sí para cumplir la voluntad de Dios son propios de toda vida cristiana. Así, por ejemplo, todos han de desear pobreza, en el sentido de libertad para poder dejarlo todo si tal cosa me exigiera mi fe en un determinado momento. Pero en la vida religiosa, la pobreza -junto con la castidad y la obediencia, toman una consistencia "actual" y pasan a ser un proyecto de vida permanente y definitivo.

No son sólo "renuncias" para una mayor libertad apostólica. Los laicos tienen razón cuando nos hacen ver el heroísmo que supone para ellos el entregarse hasta arriesgar la propia vida o el trabajar abnegadamente cuando se tiene en casa unos niños que lloran o una esposa o esposo que vive en sobresalto. Los votos son por el Reino, no sólo por la libertad para trabajar más. Con ellos, los religiosos quieren afirmar algo del Reino de un modo distinto a como los laicos lo afirman.

El carácter esencial de la vida religiosa: profetismo y contemplación

Esto supuesto, podemos decir que esta forma específica de imitar a y seguir a Jesús en castidad, pobreza y obediencia, además de distinguirlos en el mundo, capacita a los religiosos para ejercer con libertad y de modo permanente dos ministerios esenciales para la vida de la Iglesia: el profetismo y la contemplación, o mejor dicho, un ministerio profético, embebido de una relación contemplativa con Dios. Y pienso que ambas cosas tendrán especial importancia en la vida evangélica de amor a Dios y al prójimo en la era adveniente.

Testimonio profético. Convertidos por el ejemplo de Jesús, los religiosos del S. XXI cumplirán de manera más lúcida y purificada un papel profético en la Iglesia y en la sociedad. Su testimonio implicará una crítica a los valores y estructuras sociales y eclesiales, una llamada al cambio y una disposición a dejarse convertir por los marginados a quienes se sirve.

Sin duda alguna, este rasgo caracterizó a todos los grandes fundadores, y seguirá siendo un distintivo de la vida religiosa. En cierto modo es como una actitud o gesto de tono dialéctico, cercano a veces a la ironía y que podemos definir como en querer -en argot criollo- "sacarle la vuelta al mundo". Es decir: allí donde el mundo se construye a sí mismo poniendo toda su obsesión y su orgullo, allí los religiosos le dicen que hay cosas más importantes, que Él, el mundo, se puede construir de otra manera, y que se puede ser persona en plenitud de sentido y libertad sin tener que apoyarse en las cosas a las que el mundo les da tanto valor. Pensemos en un Francisco que se marcha desnudo por los caminos del mundo; en un Domingo que vende lo que más quería, sus libros, para poder atender a los pobres; en un Ignacio que a Javier, eventual catedrático de la Sorbona, lo manda sin más ni más a la India, etc.

Ya es que, en el fondo, la vida religiosa no se caracteriza por los servicios que presta; también los laicos los hacen y con calidad. Se caracteriza por el SER: signo, carisma, fermento, profecía, mística. Por supuesto que el hacer sigue al "ser" y que hay que trabajar fuerte. Pero mientras el religioso ha de estar en movilidad misionera, el laico es estable, mientras el religioso niega al mundo, el laico lo ha de construir, mientras el religioso inspira, promueve, acompaña, el laico realiza, gestiona, administra. La cosa no va, pues, por el amor a Dios y el seguir a Jesús; en eso todos los cristianos buscan lo mismo. Va por el ser en el mundo de una manera diferente.

Actitud contemplativa

Los religiosos del S. XXI tendrán que manifestar capacidad contemplativa. La búsqueda de Dios como resistencia frente a todo lo que aflige al mundo, es lo que caracteriza el proyecto y género de vida de los religiosos. "En el sentido técnico del término, "religiosos" son aquellos que han decidido adoptar un modo de vida cuya característica más fundamental e intrínseca es

la experiencia religiosa"³⁴ . La razón única de la vida religiosa es la experiencia de Dios³⁵ . Convenzámonos: lo que de verdad es importante, lo que la gente siempre buscará en nosotros, por encima de todo, se dice en una palabra: que les llevemos a Dios.

Por consiguiente, es fundamental en la vida religiosa el revitalizar su elemento místico, porque esto es de vital importancia para el pensamiento, la organización, la pastoral y el culto en la Iglesia, es una necesidad urgente en el mundo actual y, si la gente no lo encuentra en círculos cristianos, lo buscará otras fuentes. Dice a este propósito un teólogo de la India: "Una religión sin profundidad mística no es religión, pues falla precisamente en vincular a los creyentes con Dios. Muchos creyentes han perdido su enraizamiento en los modelos tradicionales teológicos y litúrgicos de la Iglesia. Lo que buscan ahora es una iniciación a la experiencia contemplativa de Dios. teorías teológicas, enseñanzas éticas y ritos elaborados son incapaces de transformar una vida si no se nutren constantemente de las corrientes ocultas de la experiencia mística. Tanto en la enseñanza y en la predicación como en la plegaria, las palabras que hayan nacido del silencio contemplativo no llevarían la palabra de Dios al corazón de la gente. Las estructuras religiosas no pueden tocar el corazón de la vida si no están marcadas por la compasión. La ética sin percepción mística puede caer en formalismo. La liturgia sin silencio contemplativo puede acabar en puro ritualismo"³⁶ .

Mística

después de reconocer que nuestra razón no lo controla todo, que la realidad es mucho mayor que nuestras ideas y que Dios no se deja encasillar en nuestros discursos, símbolos y prácticas, tal vez estemos dispuestos a abrir, en la profundidad de nuestro ser, el espacio adecuado para aquel "no saber", que siempre han recomendado los místicos como el camino para alcanzar el misterio, que es amor y sólo se comprende amando. Será tal vez un nuevo éxodo que nos arrancará de muchas cosas adquiridas y nos conducirá hacia el encuentro dialogar con nosotros mismos, con los otros y, a través de ellos, con el Otro que va delante de nosotros y sólo se deja conocer por las huellas dejadas por este movimiento³⁷ .

Pero no olvidemos que la contemplación, en cuanto un modo de ver y de tender a la unión con Dios en el seno de la vida misma, no puede estar desencarnada del mundo sino profundamente vuelta a Él en celebración y resistencia. Por la contemplación, uno intuye que puede amar al mundo como Dios lo ama y hacerse más solidario del plan de Dios sobre el mundo para restaurar las relaciones humanas y superar las injusticias que causan dolor y muerte.

"Mística horizontal" se ha venido a llamar a esta forma de espiritualidad y de contemplación, el calificativo no convence del todo, pero sugiere el valor, central en ella, de la actitud dialogal y referencial, de búsqueda y de solidaridad que ella comporta. Y en este sentido, es una mística imprescindible. Si algo, en efecto, podría matar a nuestros institutos religiosos -porque en definitiva podría matar a toda institución y asociación humana-, no es la falta de seguidores (para nosotros, la falta de vocaciones), sino el individualismo que los sistemas contemporáneos fomentan con su cosmovisión y su filosofía subyacentes. Felizmente, hay en la actualidad reacciones vivas contra esa filosofía que nos presenta a la persona humana como "un universo limitado, único y cognitivo, un centro dinámico de conciencia que se experimenta a sí mismo de alguna forma como aparte en el flujo de la existencia"³⁸ □. Hoy se entiende mejor que el misterio y sentido de la existencia es un misterio de generosidad y de encuentro, porque el Otro y los otros son la piedra de toque de la autenticidad de una persona y son la fuerza viva que la impulsa hacia adelante.

Desde esta perspectiva de la realización de la persona en la entrega a los demás, vemos también que la espiritualidad necesaria para estos tiempos del atormentado triunfo del neoliberalismo, si quiere seguir siendo una espiritualidad cristiana, tendrá que seguir siendo una espiritualidad compasiva, sensible a las lágrimas del mundo, a los sufrimientos de los

34

35

36

37

38

"excluidos" y de aquellos que llevan las heridas de este siglo en sus cuerpos y en sus almas. Será, una vez más, una espiritualidad que se vive en comunión con aquellos que son particularmente amados por Dios porque que llevan la marca del Crucificado.

Haciendo nuestra la experiencia de la ruptura, del desgarramiento y de la desilusión que sufren nuestros contemporáneos más lúcidos frente a ese mundo que nos viene ordenado desde el FMI o desde el Banco Mundial, habremos de tener un renovado coraje para denunciar que ese no es el orden del mundo y para afirmar que el sueño de Dios en favor de sus hijos e hijas sobre la tierra es una vida de calidad muy diferente, una vida en la que ...I es reconocido como fundamento y finalidad y, por eso, es vida en plenitud.

Por lo demás, el carácter integrador de este testimonio profético contemplativo está firmemente arraigado en el Evangelio, puesto que contemplación y profecía aparecen indivisiblemente unidas en la vida histórica de Jesús. Dice Schillebeeckx: "En el profeta Jesús, el misticismo y el poder de curación provienen de una misma y única fuente: su experiencia del contraste que hay entre el Dios vivo y la historia del sufrimiento humano". Su ministerio, en hechos y palabras anticipa el Reino, la salvación.

Karl Rahner lo intuyó también cuando afirmó que la espiritualidad del futuro brotará de la relación con el Dios viviente en el corazón del mundo. Será una espiritualidad del sermón del Monte y de las Bienaventuranzas, expresada muchas veces en forma de protesta contra los ídolos de la riqueza, el placer y el poder. Aunque esto es una llamada a toda la Iglesia. Los religiosos tendrán que cristalizarlo y testimoniarlo fuertemente.

Pero no cabe duda que nuestro lenguaje tendrá que hacerse más humildes, capaz de expresarse en signos y actitudes visibles de misericordia que no por menos beligerantes serán menos eficaces. Así, las vidas entregadas al amor por los más débiles seguirán demostrando que los sufrimientos de nuestra época pueden tener el sentido que la postmodernidad secular les niega, pues, a través de ellos, la creación entera expresa su clamor por el triunfo final del amor de Dios, se pone de manifiesto la debilidad última del mal que tanto hiere a los indefensos y se anuncia un nuevo y transformador tipo de poder, muy diferente al de la tecnología y el dinero.

Es testimonio profético contemplativo tiene aún mucho camino que recorrer para ser una realidad en la vida religiosa. Requiere de mediaciones exigentes (palabras, símbolos, imágenes, acciones, tiempos). Ayudará tener una mayor familiaridad con los místicos del cristianismo (y de otras religiones), un seguimiento disciplinado de la oración, una apertura positiva y crítica al legado espiritual de otras religiones, una práctica integrada de la disciplina espiritual y psíquica, una sensibilidad aguda por la justicia. Definitivamente, no hay contemplación cristiana que no sea una escucha atenta del espíritu de Dios en toda situación de sufrimiento. A través de esta lectura en Dios de la historia humana, el cristiano percibe las causas de los acontecimientos, se mueve a compasión ante todo lo que está roto, destaca lo que ha de denunciar, se inspira y cobra fuerzas para proponer alternativas basadas en el proyecto de Dios para el mundo.

En este proceso, las personas y comunidades buscarán nutrir también su experiencia de Dios en las fuentes sencillas de la plegaria y devoción popular. Contemplantos a Dios en las tradiciones religiosas del pueblo al que sirven, en el alma mística y festiva de nuestras culturas, procurarán fortalecer al pueblo en su lucha por vivir o sobrevivir, a la vez que permitirán ser enseñados y fortalecidos por Él para continuar buscando el rostro de Dios. "Repiensa todo a luz de la teología, repiensa la teología desde la mística, libérala de todo lo accidental y recupera, a través de la espiritualidad, lo que de veras es esencial"³⁹.

La misión

Definir la vida religiosa por las tareas o servicios que brinda, ya es insuficiente. Los laicos han asumido su responsabilidad en la Iglesia y participan en tareas antes reservadas a sacerdotes y religiosos: educación, asistencia y promoción social, trabajos pastorales múltiples, han dejado de ser, felizmente, ocupaciones exclusivas y específicas de religiosos. Proliferan los

movimientos laicales de misioneros, voluntarios, agentes pastorales. Por falta de sujetos o por justo reconocimiento del papel de los laicos, o por ambas razones, muchas obras de religiosos se están transfiriendo a los laicos y se insiste en la vinculación de éstos a la espiritualidad y a la misión de los institutos de vida consagrada.

A la hora, pues, de proponer lo específico de la vida religiosa y lo que de ella se espera para el futuro, puede resultar clarificador distinguir entre tarea y misión. Misión es envío radical, resultado de una llamada de Dios a servirle de manera permanente, total y definitiva. Supone la entrega radical a Dios, la imitación de la entrega de Jesús al plan del Padre. La Tarea no es la misión, aunque es concreción de ella (temporal y espacial). La Misión ha de articular en tareas concretas, actividades, iniciativas, pero no se agota en ellas.

Ahora bien, mientras la misión de los ministros ordenados estriba en la responsabilidad pastoral de la comunidad y la de los laicos en la índole secular de su apostolado y en la acción "ad extra" por el Reino, la de los religiosos sería el propio testimonio de su conformación plena y total con Cristo, su servicio profético contemplativo. Por su misión específica, los religiosos ofrecen al mundo, en la Iglesia, una continua y necesaria memoria de Jesús a través del ejercicio práctico de sus modos específicos de vida y a través de actitudes testimoniales claras y definidas en todo lo que hacen por el Reino.

Esto supuesto, no debemos olvidar, por más intentos que se hagan de asimilar la vida y labor de los religiosos a la de los sacerdotes diocesanos, que el envío en misión a las fronteras de la Iglesia forma parte también de la identidad de la vida religiosa. Los religiosos estamos para ser enviados ad extra, a quienes viven en la increencia, a los privados de otros auxilios, allá donde otros no pueden ir, para realizar trabajos especializados de acuerdo a carismas concretos. Esta misión al mundo, específica de la vida religiosa apostólica, exige una movilidad mucho mayor, sin duda, que aquella que demostramos en la actualidad. Movilidad interior, en las personas, en sus criterios y hábitos de pensar, que es actitud de peregrino en Éxodo constante de sí mismas; y movilidad exterior para hacer vida en medio de las miserias del mundo a las que hay que evangelizar con la justicia, para trasponer fronteras y poder decir desde la realidad, y no sólo de palabra, lo que Pedro decía a su Maestro: "Mira, nosotros hemos dejado todo lo que teníamos y te hemos seguido"⁴⁰.

Perder el sentido y desafío de la misión significa muerte o desaparición, aunque es verdad también que la misión comporta riesgos. Pero podemos afirmar con el P. Kolvenbach: "A despecho de múltiples tensiones, a través de fallos humanos y de testimonios admirables como el de los numerosos mártires religiosos de los estos últimos años, nuestros institutos no han cesado de buscar su camino a la sombra del espíritu para concluir que ni el espiritualismo desencarnado ni un activismo meramente secular sirven verdaderamente para la proclamación del Evangelio en el mundo de hoy. De manera lapidaria después de tantos años de experiencia podemos decir que sólo en la medida en que vivamos nuestra consagración al Reino en una comunión por los pobres y con los pobres contra toda la pobreza humana material o espiritual, se le abre al pobre el camino del Reino".

Termino con el testimonio emotivo de una religiosa que, a la mitad de sus años, nos da una palabra de aliento, como aquella del P. Rahner al fin de su vida: "¡No lo hemos lamentado!".

"Pasada ya la mitad de mi vida, siento que las raíces de este gran árbol de la Iglesia se asientan cada vez más en la hondura de Jesucristo, el Señor, y que esta manera de vivir el bautismo ha reverdecido. Y así afirmo desde ese recodo del camino, mirando a las grandes mujeres que nos preceden. Ellas han sabido adaptarse a los cambios, porque sus raíces eran auténticas y profundas. Lo afirmo mirando a las jóvenes que inician la vida religiosa, lúcidas, audaces, con el mismo deseo de seguir al Señor que yo tuve en mis años mozos y que ahora -acrecentado- es más humilde porque he experimentado mi debilidad, pero también más gozoso porque arde con la energía del Resucitado. Afirmo que la entrega a Dios y a los hermanos sacia los deseos del corazón, da sentido a la vida e inicia en ese camino de felicidad que se nos dará un día en plenitud. Y mirando a ese mundo nuestro que tanto necesita de justicia, solidaridad, paz y alegría -los grandes valores del Reino⁴¹, mi gran deseo es que todos

40

41

descubran el camino de saberse queridos por Dios como hijos e hijas y de querer a los demás hasta que nos experimentan como hermanas y hermanos"42 .

VENTANAS ABIERTAS

COMO NOS VEN

LA VIDA RELIGIOSA: LE AGRADEZCO TANTO... PERO NO PUEDO DEJAR DE VER SUS LIMITACIONES⁴³ □

Gracias a la vida religiosa, o mejor dicho, gracias a unas religiosas que temprano me indicaron muy bien este camino, hice muy joven, en mi niñez, la experiencia de Dios. Gracias a la vida religiosa, y en particular al encontrarme con la vida monástica, he podido descubrir y lograr, de adulta, en mi búsqueda de Dios, un equilibrio de vida entre contemplación, trabajo, vida afectiva y servicio al otro que me permitió superar momentos de crisis graves: me volví oblata de un monasterio benedictino de mi país, compartiendo, como laica, la espiritualidad de nuestros hermanos monjes y tejiendo con ellos vínculos fraternos. Gracias a la vida religiosa, después de mi jubilación, emprendí una nueva vida de entrega a la construcción del Reino que me llevó a América Latina, compartiendo de manera más comprometida, como miembro de la fraternidad laica de nuestra familia benedictina en el Perú, la misión espiritual, las tareas concretas y la vida fraterna con las otras ramas de nuestro proyecto. Así tengo una deuda muy fuerte con la vida religiosa, y nunca la voy a negar.

A pesar de la fascinación que ejerce sobre mí, de la admiración que tengo por sus logros y hazañas, y de las riquezas de sus aportes al mundo, a la Iglesia y a mi propia vida, la vida religiosa muy pronto me hizo problema, a menudo me irritó, a veces me pareció repelente y de vez en cuando me escandalizó. Para analizar un poco más estas impresiones, voy a retomar mi propia historia.

Fascinación y reservas

Siendo alumna de primaria en un colegio religioso, unas religiosas me encaminaron muy bien, por su enseñanza y por su vivencia, en dirección al encuentro con Jesús. Partiendo de esta experiencia que no se puede describir, me pareció y todavía me parece fascinante la vida religiosa con su opción radical por el solo Señor, traducida necesariamente en la entrega hasta el extremo al servicio del prójimo, quienquiera que sea, y privilegiando siempre al pobre y al desfavorecido.

Pero, si las palabras y la doctrina eran bonitas, en la práctica abundaban las fallas: las desigualdades (entre religiosas, entre alumnas) con sus privilegios y sus rechazos, las actitudes y los reglamentos injustos y contrarios a la caridad, los celos y las preferencias, los anacronismos, las ideas cerradas, el infantilismo y la falta de independencia, y a veces aun de personalidad, con relaciones un poco enfermizas o falsas. Además, el ambiente cerrado de mi colegio me había privado de la experiencia de la vida parroquial.

Riqueza del aporte, peso indebido de lo institucional

De adolescente, fui alumna de un colegio católico laico, y al mismo tiempo creció mi apertura a la Iglesia y al mundo. Todavía ahora me siento agradecida a los autores prestigiosos, teólogos y espirituales que, por animar y expresar la intensa búsqueda que precedió y preparó el Concilio en el pueblo de Dios, me hicieron crecer y abrir las ventanas hacia el mundo. La mayoría de estos pensadores eran religiosos, raras veces religiosas, como también los que emprendían nuevos caminos, como los hermanitos y hermanitas de Jesús de Carlos de Foucauld, por ejemplo. Mi entusiasmo fue grande por unos autores dominicos y jesuitas eminentes de los años cincuenta y sesenta, y al mismo tiempo conocí a unos religiosos de estas Órdenes (también franciscanos) que provocaron mi admiración. De la misma manera

admiraba a las vicentinas, a las hermanas enfermeras y a los misioneros y las misioneras por sus audacias apostólicas⁴⁴, y algunas religiosas contemplativas me sorprendieron por su apertura al mundo y por su acogida.

Pero el peso indebido de las instituciones religiosas me parecía anacrónico, opresivo y contrario al Evangelio. Por lo que era de la construcción del Reino, yo la veía promovida por el obispo, con sus sacerdotes y el pueblo, sacerdocio real. La vida religiosa habría tenido que ser profética dentro del pueblo, pero entonces me parecía mucho más interesante y más adaptado a los tiempos ser laico o laica comprometido/a, o consagrado/a que pertenecer a aquellas estructuras poco democráticas y demasiado dependientes del pasado. Fue mi opción, por ejemplo, participar en un grupo juvenil misionero de una sociedad de laicas misioneras.

El Concilio cambió la fachada y las formas, pero creo que algunas de mis prevenciones de ese tiempo hacia la vida religiosa todavía tienen sentido, así permítanme que se las cuente:

La dignidad humana que se refleja en la autonomía me parecía dañada por una forma de obediencia servil muy semejante a la falta de responsabilidad personal y al infantilismo. No podía entender la obediencia "como cadáver" que se exigía del jesuita, por ejemplo.

La atención debida al cuerpo, templo del espíritu, me parecía sacrificada por razones de inmadurez humana más que por ascesis.

La despreocupación por lo material, aun en una vida un poco o muy austera, no siempre me parecía santa, sino que a veces me parecía artificial o infantil, o aun arrogante en personas que no tenían que ganar la vida para comer, especialmente cuando manifestaban una falta de consideración por la situación diferente del laico en el mundo.

El complejo de superioridad de algunos/as religiosos/as me horrorizaba, y tampoco me gustaban actitudes anteriores de la Iglesia que enseñaban que sólo los sacerdotes y religiosos tenían valor y podían desempeñar un papel activo en la vida eclesial.

No hay estados de vida que tienen menos valor

De hecho, yo no podía soportar la idea de que la vida de un/a religioso/a tuviera más valor que la de un laico. La santidad de todas las condiciones de vida, vida religiosa, sacerdocio, laicado consagrado o comprometido, matrimonio, celibato, viudez, etc. me parecía una verdad de Dios, una noción tan importante que pretender lo contrario me parecía casi sacrílego.

Yo sí creía en la llamada de algunos y algunas a una vocación particular, a un camino más radical en el seguimiento de Cristo (aligerarse para correr más libremente en la búsqueda de Dios, al servicio de cada prójimo, quienquiera que sea) como la de la vida religiosa, pero yo conocía por experiencia propia la vida admirable de laicos, casados o no, enteramente entregados a su familia y/o entrañable mente comprometidos en una sincera búsqueda espiritual y en mil tareas caritativas o pastorales. Mis referencias de santidad, de auténtico espíritu cristiano, las había encontrado en un sacerdote diocesano, en una señorita dirigente de la JOC, en una médica de una sociedad misionera laica, en varias parejas y familias cristianas, y en jóvenes ya profundamente creyentes. Y no había, para mí, exclusivismo posible en la Iglesia de Jesucristo.

El Concilio y el postconcilio

El comienzo de mi vida profesional médica y de mujer casada coincidió con el Concilio Vaticano II, y los primeros años que lo siguieron. Las reformas conciliares me encantaron a mí como a los laicos en general, y no nos hicieron problema, con la excepción del incomprensible retroceso en el ámbito de la procreación. Y por fin se promovía oficialmente el papel del laicado en la Iglesia

Mi experiencia profesional me hizo apreciar más los logros institucionales, intelectuales y humanos de los religiosos y religiosas en muchos campos de la actividad humana, especialmente en el campo social y caritativo. Y mi experiencia de las relaciones humanas con la complejidad de las expresiones de la sexualidad me hizo matizar mis juicios anteriores.

El terremoto conciliar se sintió fuertemente en la vida religiosa y sacerdotal, por ser mucho más ligada a las estructuras de la Iglesia-institución. Y nos fue doloroso ver y a veces acompañar a tantas personas traumatizadas y buscando nuevos caminos al salir de las congregaciones o del sacerdocio, y a veces hasta de la Iglesia.

Al mismo tiempo, la vida religiosa, con los que se quedaron en su seno, emprendió con valentía muchas reformas que provocaron mi interés, a veces mi escepticismo, y a menudo mi admiración. El esfuerzo era gigantesco, y los cambios espectaculares, provocando a veces la confusión en algunos laicos poco preparados... Pero ¡qué interesante era esta búsqueda!

Encuentro con la tradición espiritual monástica

Acercándome a mis cincuenta años, descubrí la vida monástica al encontrarme con una comunidad monástica abierta y acogedora. El ejemplo vivo de los hermanos monjes me estimuló mucho en la búsqueda de lo esencial. Con la luz del acompañamiento espiritual, descubrí los instrumentos de la vida contemplativa que respondían a mis expectativas y me permitían nutrir desde adentro mi vida de laica en el mundo. Me volví benedictina, pero laica benedictina, ¡claro!, en el seno de la oblatos de dicho monasterio que contribuí a fundar.

Y al mismo tiempo me daba cuenta, como muchos laicos de la Época, de la importancia del testimonio y del espacio espiritual y material de los monasterios como puntos de referencia en el camino de nuestras comunidades y familias cristianas a través del caos del mundo postmoderno.

Descubrir la Vida Religiosa latinoamericana

después de mi jubilación, las circunstancias de mi vida me permitieron optar por venir al Perú, como miembro de la fraternidad laica de nuestra familia benedictina de aquí. De golpe, estuve en contacto con una vida religiosa floreciente, y muy diferente de la de Europa, casi moribunda en su conjunto (con excepciones valerosas). Al conocer y frecuentar la Conferencia de Religiosos del Perú y su escuela de formación, me di cuenta de su asombrosa vitalidad. Luego me encontré con figuras muy cautivadoras de personas de gran calidad espiritual y humana que admiré mucho. Me impresionaron fuertemente la solidez y la vitalidad de la Conferencia, y de su equipo de formación, la búsqueda espiritual y pastoral, el vigor de la investigación intelectual y de la reflexión sobre el país, las culturas, la Iglesia y el mundo, y la intensidad de los cuestionamientos. También me di cuenta de la inmensa tarea apostólica y social que habían realizado los religiosos y las religiosas en el país, arriesgándose hasta los lugares más alejados y más olvidados.

Pero no he podido dejar de observar también, en los barrios y las parroquias y dentro de las comunidades religiosas, el asistencialismo que resultaba del modo de actuar de ciertas congregaciones, el machismo y el complejo de superioridad invencible, y la arrogancia consecuyente y casi ingenua de algunos y algunas, el desprecio de lo indígena, expresado en actitudes, gestos, palabras y decisiones, la ignorancia inexcusable de la cultura del otro, la exigencia injusta de que el otro adopte la cultura occidental, el escándalo del poder del dinero, la opresión impuesta a la feminidad, los "disfraces" que representan los vestidos anticuados de algunos/as, etc. también podía observar, varias veces, dentro de las congregaciones, el trato desigual, los favoritismos y las exclusiones, los celos y los rencores que revelaban relaciones muy enfermizas en ciertas comunidades.

Pero tengo que decir muy claramente que, de lo que deploro aquí, yo misma soy culpable o cómplice, inconsciente o conscientemente, y que a veces yo actúo de la misma manera, yo laica comprometida en nuestra "familia" benedictina en el Perú. Como psiquiatra, yo soy

consciente de que, en cada persona como en cada grupo de personas (pareja, familia, equipo de trabajo y cualquier institución), los mismos defectos y desviaciones se pueden desarrollar. Pero me da pena ver la vida religiosa, pecadora y santa, traicionar a veces su rol testimonial y profético y el sentido escatológico de su existencia en el pueblo de Dios, y estoy muy contenta de ver que ahora se pone a trabajar en su propia refundación.

Falso angelismo y servilismo

Quisiera señalar, antes de terminar, dos desviaciones patentes que he observado: de parte de los religiosos y de las religiosas, el falso angelismo, y, de parte de los laicos y de las laicas hacia los religiosos y las religiosas, el servilismo.

El falso angelismo, de parte de la vida religiosa, es una especie de hipocresía inconsciente de las actitudes. A veces, los consagrados se permiten, entre varón y mujer, ponerse en situaciones que, en el mundo o la sociedad en que vivimos, se considerarían como equívocas. De estas actitudes pueden resultar una falta de discreción, un descuido de la reputación del otro, una ambigüedad del mensaje, y finalmente un testimonio bien dudoso, sin excluir el peligro eventual.

Hay mejores maneras de testimoniar la realidad transfigurada de la relación de género desde la vida fraterna en Cristo resucitado. A mi parecer, más vale trabajar en establecer, entre varón y mujer, relaciones de verdadera igualdad, de solidaridad cariñosa, de comprensión atenta y de colaboración entera y leal que divertirse a jugar con el fuego sin mirar las realidades psíquicas y sociales.

El falso angelismo, cuando se acompaña de ignorancia de la sexualidad o de represión inconsciente, puede hacer desviar también el lindo rol de escucha, de consejería o de acompañamiento espiritual de tantos religiosos y religiosas.

El peligro del servilismo, de parte de los laicos y de las laicas, no es menor que el peligro del falso angelismo. Hay toda una gama de actitudes y de comportamientos que se despliegan aquí, casi sin pensar, para complacer al cura, especialmente si viene de otro país, o a la "madre" o a la "hermanita" o a cualquier extranjero o extranjera relacionado/a a la Iglesia. Todo el mundo ya sabe muy bien como hacer con el "padre" o la "madre" para conseguir apoyo y protección y muchos piensan que es la única manera de comportarse con ellos. Y a veces, es sumamente difícil salir de estos esquemas para tratar de entrar en un diálogo de igual a igual y no aceptar el trato privilegiado, heredado de años de servidumbre aplastante.

Importancia de la comunidad

Progresivamente, con los años, me di cuenta de la importancia de la comunidad para aquellos y aquellas que eligieron la vida religiosa. La vida misma de mis hermanos monjes, la reflexión y el trabajo profesional con religiosos y religiosas y mi experiencia propia no tardaron en enseñármelo.

El desconocimiento de este aspecto esencial de la vida religiosa - que se define como la búsqueda del solo Dios, viviendo en comunidad de personas del mismo sexo - puede observarse en laicos que, por razones diversas, niegan la importancia de la vida afectiva de los consagrados, con una idea falsa de la castidad o de la sublimación.

Me parece esencial que nosotros laicos y laicas nos demos cuenta del delicado equilibrio que nuestros amigos religiosos y nuestras amigas religiosas tratan de lograr entre oración, vida comunitaria, trabajo y acogida o apostolado, sin olvidar el descanso. Muchos y muchas han trabajado más que antes para integrar mejor su vida afectiva en un desarrollo armonioso de su personalidad. Su vida comunitaria debería ser un lugar importante de la vivencia del amor fraternal. A veces nos olvidamos que son hombres y mujeres como nosotros, necesitando atención, cariño y amistad. Y sin embargo sabemos que nosotros también tenemos que buscar nuestro equilibrio de vida entre pareja, familia, amistades, trabajo y compromiso social y

religioso, sin olvidar el descanso. Será una razón más para valorar y respetar la vida comunitaria de nuestros amigos y de nuestras amigas que siguen este bello camino de la vida religiosa, de la misma manera que les pedimos a ellos y a ellas que valoren y respeten nuestra vida de familia y de pareja.

Para terminar

Si me he atrevido a decir aquí cosas un poco duras, es porque quiero muy sinceramente a la Vida Religiosa y a muchos y muchas que la han elegido, y que tengo fe en su capacidad de cambio, mejor dicho de Refundación.

La diversidad es riqueza y el intercambio nos ensancha el corazón y la mente. Mi sueño - y ya lo veo realizándose, en mi familia religiosa, y en otras - es que se logren, entre vida religiosa y vida laical, una colaboración franca, una relación de verdadero compañerismo, en el camino de la construcción del Reino, al servicio del hombre y de la mujer, siguiendo a Jesucristo, nuestro único Señor.

CAMINOS DE ESCRITURA

EL CAMINO DE EMAÚS HERMENEUTICA DESDE LOS JÓVENES

Elsi Orella Carhuancho y Maria —aupari Gutierrez, op.

Hoy los y las jóvenes tenemos muchas heridas profundas y muchos dolores. Nos encontramos y nos enfrentamos a un mundo roto. Parece ser que nuestros caminos son de regresión. Nuestros espejos o modelos, donde nos reflejábamos, se han quebrado, parece ser que la esperanza ha sido perdida, al igual que los discípulos de Emaús, "el maestro ha muerto".

Los jóvenes y las jóvenes latinoamericanas y del caribe queremos ver y estamos ciegos. El dolor nos enceguece, nuestras heridas afectivas nos hacen buscar los caminos seguros, de huida, de lo conocido, que muchas veces se transforman en violencia frente a la pobreza injusta, a las drogas, al desempleo, la falta de democracia, los gobiernos autoritarios, que enmudecen y enceguecen a los y las jóvenes. ¿Es que acaso se acabó la esperanza? ¿De qué conversamos hoy los y las jóvenes en América Latina y el Caribe? Es difícil responder a estas preguntas cuando vivimos una situación en la que la gran mayoría es pobre material y espiritualmente. Toda esta realidad es tan oscura que no nos permite reconocer los rostros de Cristo en nuestro vivir diario.

Mientras caminamos, ¿quiénes se nos acercan?, y ¿qué nos preguntan? ¿Diferenciamos acaso si vienen del Cristo vivo y resucitado?. Los y las jóvenes de este milenio estamos inmersos en un mundo en el que la tecnología y los medios de comunicación social son un elemento primordial en la vida. Ellos nos imponen un estilo de vida, una forma de vestir, de actuar, en otras palabras nos marcan "el camino a seguir". Muchos de nosotros y nosotras jóvenes salimos de nuestros pueblos ilusionados para mejorar nuestra condición económica y social: pero que difícil nos resulta encontrarnos en un medio de explotación, de exclusión, de racismo y de opresión, donde la mejor alternativa es el silencio porque nuestra palabra no existe y no cuenta por estas experiencias plagadas de mentiras y engaños. A los y las jóvenes nos cuesta creer y ver, y al igual que los discípulos de Emaús, no logramos reconocer a Cristo, no percibimos su presencia, no nos damos cuenta que Él mismo va por nuestro camino.

Si Jesús nos preguntara, como hace dos mil años lo hizo con los discípulos de Emaús, ¿cuál es la razón de su tristeza?, ¿qué transmitirían nuestras respuestas? Tal vez le contaríamos acerca de las grandes crucifixiones de nuestro continente, de cómo muchos(as) jóvenes y niños(as) optan por la muerte y el olvido, le hablaríamos de las niñas y mujeres que salen todos los días a vender su cuerpo, del quiebre de diálogo entre generaciones donde el anciano no sirve sino estorba. Le hablaríamos de la pena de muerte, de lo inhumano que son las cárceles, de lo injusto que es ser un país tercermundista con deudas impagables y sobre todo le hablaríamos de la muerte lenta que genera la pobreza reflejada en los asentamientos humanos y en los pueblos más lejanos de nuestros países.

Así como los discípulos sintieron amargura y tristeza frente a la muerte de su Mesías ¡liberador y poderoso!, también nosotros(as) los y las jóvenes sentimos cómo nuestros esquemas de un Cristo poderoso y omnipotente mueren y nos quedamos incapacitados(as) para ver a Cristo vivo y encarnado en los pobres, en nuestras comunidades, en nuestras parroquias, en nuestra familia. Y muchas veces preferimos no creer en nada ni en nadie. ¿Por qué? Porque a veces tenemos expectativas tan diferentes de lo que en realidad sucede, cuánto nos cuesta asumir que somos los y las protagonistas de la historia, del cambio, de la liberación y como los discípulos de Emaús solemos decir: "nosotros esperábamos que sería Él que iba a librar a Israel"⁴⁵.

Seguramente Jesús se molestaría con nosotros(as) por lo insensatos(as) y tardos(as) de corazón que seguimos siendo por no creer en el proyecto del Reino. ¿Acaso no tenemos que

morir para resucitar? Y morir no significa que la esperanza se acabó, por el contrario es ahí donde empieza. Tal vez tendríamos que romper nuestros esquemas frente a una iglesia que nos presenta a un Jesús celestial, divino, oyente, pasivo o, por el contrario, a un Jesús histórico que vivió, murió e hizo cambios en su tiempo y lugar, pero que no cuestiona ni interpela nuestra realidad y menos aún nuestro compromiso de hoy.

Tal vez tendríamos que ponernos a pensar más que Jesús no solamente habla de las Escrituras y de lo que ha sucedido con Él, sino que en este momento fuerte nos invita a participar del Reino. tendríamos que pensar más que esta experiencia no sólo consiste en creer en Él, sino que Él primero cree en nosotros(as) y esta es la esperanza que hoy Jesús nos invita a tener como jóvenes portadores intensos de vida y de lucha. Hoy como ayer nos anima a proclamar la Buena Nueva a los pobres y dar libertad a los oprimidos.

Muchos de nosotros(as) frente a la decepción y a la desesperanza volvemos a nuestros proyectos seguros, a la comodidad, a vivir sin cuestionar ni cuestionarnos, tendiendo así a no decir nada para no comprometernos ni ser comprometidos, pero a pesar de todo esto no quiere decir que seamos jóvenes sin utopías ni esperanzas, ni ideales.

Muchas imágenes de jóvenes que se comprometen en la lucha por la vida, por la justicia social, por su fidelidad en sus comunidades de fe, miles de jóvenes que luchan por la paz, por el respeto a la tierra, nos revelan nuestra capacidad de acoger el proyecto del Reino y testimoniar así nuestra apertura para pedirle a Jesús: ¡Quédate con nosotros porque atardece y el día ha declinado⁴⁶. Es cierto entonces que la fe en el resucitado no ha acabado.

Nuestro compromiso fraterno y nuestra capacidad de celebración constituyen en gran parte nuestra identidad como jóvenes latinoamericanos y caribeños, esto hace posible que al sentarnos alrededor de una mesa encontremos comunión, fraternidad y solidaridad; pero necesitamos abrir nuestras puertas para dar posada al forastero. Por eso Jesús nos dice: "Cuando ofrezcas un banquete invita a los pobres, a los inválidos, a los cojos, a los ciegos y serás feliz porque ellos no tienen con qué pagarte"⁴⁷.

Nos llenamos de gozo cuando nos sentamos a compartir el pan en nuestras familias, en nuestras comunidades, en nuestras parroquias, en nuestra celebración eucarística. Pero se nos abrirán los ojos y reconoceremos a Cristo sólo en el momento en que dejemos e invitemos que los pobres, cojos y ciegos de hoy se sienten a nuestra mesa. A diferencia de los discípulos de Emaús que tuvieron que reconocer al mismo Cristo, nosotros(as) tenemos que verlo y reconocerlo en los rostros sufrientes de nuestros continentes.

Y como ellos ¿no sentimos acaso arder nuestro corazón, cuando vivimos la conversión de nuestras vidas al escuchar el evangelio, en nuestros compromisos por la justicia social, cuando somos solidarios, cuando apostamos por la vida y no por la muerte? Sí, arde nuestro corazón pero necesitamos dar un paso más: dejar que caigan las vendas de nuestros ojos para ver y hacer que este ardor se convierta en compromiso concreto y real.

Ahora creemos aunque no veamos a Cristo, antes necesitábamos verlo para creer. ¡Cristo ha resucitado! Ya no sentimos decepción al no verlo, sino que la alegría de saberlo vivo es más importante que verlo, pues ¡ha pasado de la muerte a la vida! Y nosotros(as) con Él hemos pasado de la oscuridad a la luz: ¿acaso podemos callar esta alegría de haber encontrado el camino? No, no podemos callar, por eso debemos volver a ¡Jerusalén!, a nuestras utopías, a nuestras esperanzas, a nuestros sueños, a nuestro gran deseo de que el mundo sea mejor.

Entonces, jóvenes de hoy, levantémonos y volvamos para hacer renacer la vida en esta cultura de muerte, a poner la luz donde hay oscuridad, libertad donde hay opresión, gozo donde hay angustia y amor donde hay odio.

Tenemos que gritar más fuerte para que nos escuchen, tocar más fuerte para que nos abran, tenemos que ser testigos, mensajeros y apóstoles de Cristo. Ya no podemos volver hacia atrás después de haber tenido esta experiencia pascual. Hemos escuchado el clamor del pueblo,

46

47

hemos visto su sufrimiento, hemos oído sus gritos, ya no tenemos miedo sino que volvemos con una esperanza renovada a nuestra misión inicial: la de asumir radicalmente el proyecto de Cristo resucitado en nuestra América Latina y el Caribe que necesitan tanto de hombres y mujeres comprometidos con el Reino y que, a pesar de todo, sigan apostando por la vida y no por la muerte.

UN JUBILEO PERMANENTE EN LAS COMUNIDADES AFROAMERICANAS

Geraldina Céspedes, op*

Dentro de la reflexión afro teológica, el jubileo constituye un tema coyuntural que no podemos dejar pasar, pues es un eje que nos ofrece serios y valiosos elementos para iluminar la realidad vivida por el pueblo negro en América Latina.

Es importante recordar que, en medio de la realidad que vive el pueblo de Israel, el jubileo surge como una respuesta inspirada por Dios para garantizar la vida de los más pobres y explotados. Esto es fundamental para aproximarnos a una relectura del jubileo desde la realidad que vivimos las negras y negros del continente. Entonces, si el jubileo fue establecido como una salida para posibilitar la vida de los pobres, también hoy podemos leer el jubileo como una protesta ante la muerte y una propuesta de vida para las negras y negros. En las afro americanas y los afro americanos nos encontramos con una concreción del rostro del pobre. El pobre no es una idea, no es la generalidad, sino que es un rostro que tiene nombre, tiene historia, tiene una cultura, tiene problemas y tiene posibilidades. Los documentos de la Iglesia en América Latina, dentro de los rostros sufrientes nos hablan del rostro de los afro americanos que, junto a los indígenas, son los más pobres entre los pobres⁴⁸.

Otro elemento importante a la hora de hacer una reflexión del jubileo en perspectiva del pueblo negro, lo constituye la exhortación apostólica del Papa Juan Pablo II Tertio Millennio Adveniente⁴⁹. Dicho documento, en los números 9-16, hace un resumen de la tradición del año jubilar en la Biblia. El jubileo "debía devolver la igualdad entre todos los hijos de Israel, abriendo nuevas posibilidades a las familias que habían perdido sus propiedades e incluso la libertad personal. Por su parte, el año jubilar recordaba a los ricos que había llegado el tiempo en que los esclavos israelitas, de nuevo iguales a ellos, podían reivindicar sus derechos"⁵⁰ La misma carta apostólica señala que "una de las consecuencias más significativa del Año Jubilar era la 'emancipación de todos los habitantes necesitados de liberación'"⁵¹ □.

El reconocimiento del pecado de la Iglesia es otro de los puntos que propone la Tertio Milenio Adveniente como preparación al jubileo. Se menciona sobre todo los pecados contra la unidad de la Iglesia, la intolerancia y la violencia, los pecados contra los Derechos Humanos y la corresponsabilidad de los cristianos en graves formas de injusticia y marginación social⁵². Con respecto al pueblo afro, la proclamación del Jubileo no ha de conformarse con que la Iglesia oficialmente pida perdón por lo que el Papa, en su discurso a los afro americanos en Santo Domingo (1992), llamó el holocausto de los negros, un crimen enorme⁵³, sino que ha de mostrar la autenticidad de este perdón, abriendo espacios de libertad y significación para las negras y negros.

Nuevas formas de esclavitud

Negras y negros llevamos grabada en nuestra piel la memoria de la esclavitud sufrida por nuestros antepasados, pero también llevamos grabada la memoria de la resistencia y los esfuerzos por liberarse de la esclavitud. Pero no sólo la llevamos como memoria, como un recuerdo de nuestro pasado. Es algo que vivimos hoy. Se siguen dando, en otro contexto y con otros nombres, las experiencias de esclavitud y liberación.

48
49
50
51
52
53

El jubileo tiene que ser una ocasión para que mujeres y hombres negros/os experimentemos un tiempo de saborear y celebrar la libertad y la dignidad de personas, hijas e hijos de Dios. Es una vuelta a nuestras raíces, recuperar nuestra identidad como pueblo, los símbolos, la espiritualidad; volver a encontrarnos a nosotras/os mismas/os. Y es compromiso por derribar los muros de la discriminación racial, denunciándola y rechazándola como una situación de pecado.

El pueblo negro vive nuevas formas de esclavitud y de opresión. El drama de la esclavitud, del encadenamiento y hacinamiento sufrido por los negros y negras sacados violentamente de África y transportados en los inmundos barcos negreros continúa hoy. ¿quién dijo que la esclavitud no existe ni vergonzosamente es los albores del siglo XXI-? ¿Acaso no hemos visto a los negros y negras atados por el sistema, sacados violentamente de sus tierras y empujados a vivir el hacinamiento en los bateyes, en las champas o ranchos en los barrios marginados? ¿Acaso no hemos visto a negros y negras dejando su vida en las plantaciones o en las fábricas? ¿O en las calles de la ciudad a merced del frío, del calor, de la lluvia y de las vejaciones de la policía?

Lo mismo podemos decir de la venta de esclavos. No es algo que quedó únicamente en el pasado. Hoy día esto se actualiza en miles de mujeres y hombres negros que son empujados a vender sus cuerpos al mercado. ¿Dónde quedan las energías de los negros y negras? El sistema ha descubierto que una de las formas de matar su capacidad de resistencia es agobiarlo con trabajos duros hasta el embrutecimiento y el cansancio que no deja con ganas de hacer otra cosa. Se compra su cuerpo como mercancía para dar placer. Y al final son rechazados porque ya no son productivos ni tampoco son los consumidores ideales que exige el sistema. Entran a formar parte de la gran masa sobrante, excluida. Un ejemplo de esto es la situación que viven muchas ancianas y ancianos negros.

Y no hablemos de las señales de la esclavitud, señales de pertenencia al amo, al mercado, al sistema neoliberal. El hierro candente con que los marca el sistema es la desesperación, la humillación, el hambre. En las negras y negros encontramos distintas señales que son la huella que el sistema deja en sus cuerpos: vemos en nuestros pueblos afro americanos rostros de negras y negros con una expresión de angustia, hambre y desesperación; negras y negros con la piel pegada a los huesos o víctimas de “enfermedades de pobres”; negras y negros habitando en lugares inseguros y viviendas indignas, expuestos a los embates de la naturaleza que parece desatar su furia contra los más pobres. Son siempre los más pobres, entre ellos los afro americanos, las víctimas de los huracanes, terremotos, deslaves, inundaciones, erupciones volcánicas... En fin, vemos en nuestros pueblos cuerpos de negras y negros, niñas/os, jóvenes, ancianas/os, mujeres y hombres flagelados por el hambre; cuerpos cansados, privados del sagrado derecho al descanso, porque de ellos sólo vale la productividad que le puedan brindar al sistema; cuerpos que, como en siglos anteriores, son vistos solamente como fuerza de trabajo y fuente de placer para el enriquecimiento y la diversión de unos pocos privilegiados. El jubileo, en medio de esta realidad, tiene que ser una reivindicación del derecho a descansar. Negras y negros, como todo ser humano, como toda la creación, tenemos derecho, estamos llamados a participar del descanso de Yahvé.

En esta nueva coyuntura que vive el pueblo negro, el jubileo tiene que ser una fuerza de liberación, una inspiración para negras y negros que se han caracterizado por su lucha y resistencia en la construcción de un camino de libertad y justicia. Si el jubileo era en el Antiguo Testamento un tiempo para hacer justicia al débil, para practicar la justicia social, es una ocasión para hacer justicia al pueblo negro tantas veces pisoteado, marginado, desnudado y despojado de lo propio.

El jubileo hoy nos invita a liberar y a liberarnos de los prejuicios frente a negras y negros. Para ellas y ellos, que han sido vistos como fuerza de trabajo y fuente de placer, el jubileo es una protesta frente a la visión explotadora y a la consideración de la otra/o como objeto (situación que, en el caso de la mujer, acontece con mayor fuerza y descaro).

Con respecto al descanso como tiempo y espacio de libertad, en el Antiguo Testamento encontramos que se ordena el descanso sabático. Desde el punto de vista de la realidad histórica de negras y negros, merece atención especial la tradición del sábado en el relato

sacerdotal de Gn 2, 1-3, donde lo que se reivindicaba era “un día libre para poder reconstruir la conciencia y la fe de los exilados, embrutecidos por el trabajo esclavo. El sábado era importante para reconstruirse como persona y poder reconstruir la identidad del pueblo de Dios”⁵⁴ Como lo señala el mismo autor, “Era el descanso del sábado lo que les permitía trabajar en forma humana como Yahvé. El sábado tiene por lo tanto, un sentido a la vez liberador, social y religioso”⁵⁵ □. Sentido que, en la celebración del jubileo por parte de la Iglesia, es necesario rescatar a favor de todas aquellas y aquellos que se ven privados de ese tiempo y espacio para reconstruir su memoria, su identidad y sobre todo para contribuir a la humanización de la propia vida y de la sociedad.

Descanso de la tierra, el mar y las personas

Uno de los principios del jubileo era dejar descansar a la tierra y a las personas. Era un descanso que tenía el sentido de liberación de la tierra con el propósito de que se beneficiaran los más pobres⁵⁶. ¿Cómo hacer hoy esta liberación de la tierra? Para el pueblo negro el liberar la tierra significa sobre todo volver a entenderla, no como mercancía o como objeto de explotación, sino como portadora de “axé”, como un ser vivo, que tiene energía vital. Por eso el recuperar la comunión, la relación de amistad con ella es una experiencia espiritual. La tierra es un lugar de encuentro con Dios y con el hermano. No hay otro lugar donde los humanos podamos realizar y celebrar este encuentro con Dios y con la imagen de Dios que son las mujeres y los hombres.

Con la proclamación del jubileo las tierras volvían a sus antiguos dueños. Es decir, el jubileo iba contra la explotación y la acumulación de tierras en pocas manos. ¿Qué podríamos decir ante esto cuando negros y negras han sido y son actualmente despojados de las tierras de sus quilombos, de sus palenques?

Además del principio jubilar de dejar descansar la tierra, desde la perspectiva del pueblo negro habría que hablar de dejar descansar o dejar libre al mar. El mar también necesita de esta liberación, ya que al igual que la tierra está siendo explotado y contaminado. En la historia del pueblo negro, sobre todo en la etapa de la diáspora, el mar es una referencia sumamente importante y cargada de significado. El mar acogió los cuerpos de los negros cuando morían en los barcos negreros. Es un lugar de muerte y vida.

Con respecto al principio del jubileo de dejar descansar a las personas, recordamos que la historia de negras y negros está marcada por el no-descanso. El negro fue visto como un animal, un instrumento de trabajo. No merecía ni tenía derecho al descanso. Había nacido para trabajar y vivir como esclavo. No tenía la dignidad para disfrutar el descanso y sentirse humano, experimentarse dueño de sí, de que no es una máquina al servicio del amo. Aún persisten hoy los prejuicios e ideas que nos hacen ver que negras y negros son seres que, además de ser muy buenos para mover el cuerpo (el baile, los deportes, el sexo), son muy buenos para hacer trabajos duros. Por eso la proclamación del jubileo para negras y negros tiene que expresarse en recuperar el derecho a descansar, como una forma de recuperar el equilibrio comunitario y la dimensión de gratuidad de la vida. Es vivir nuestro ser de personas creadas a imagen y semejanza de un Dios que también descansó. Hoy día muchas negras y negros mueren víctimas de la sobreexplotación o de la exclusión del mundo del trabajo (muchos no pueden descansar porque, paradójicamente, tienen demasiado tiempo libre y viven la agonía de no tener un trabajo digno). Por eso el Jubileo pasa por una transformación de las condiciones laborales de negras y negros, tanto en el campo como en la ciudad.

En el jubileo nos encontramos con una dimensión cósmica de comunión con lo creado, representado fundamentalmente en la tierra. Es sin duda un elemento fundamental para sintonizar con nuestra espiritualidad negra que es una espiritualidad cósmica. Por eso las celebraciones negras se realizan con los pies descalzos y lo más cercano a la tierra. Es fundamental el contacto físico con la tierra como algo vivo. La tierra tiene “axé”, tiene energía,

54

55

56

fecundidad. El lugar para el culto en la espiritualidad negra lo constituye el “terreiro”. Terreiro viene de tierra y es el lugar donde se celebra el culto. “En Él se entra y se permanece descalzo en señal de respeto a la Madre-tierra”⁵⁷ .

Hacer memoria de las y los mártires

Dentro de la convocatoria al jubileo el tema de los mártires ocupa un lugar importante. La Tertio Millennio Adveniente nos recuerda que la Iglesia del primer milenio se caracterizó por ser una Iglesia nacida de la sangre de los mártires y que “al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires”⁵⁸. Dentro de este conjunto de testigos de la fe que han entregado su propia vida por la causa de la justicia y la libertad, están las mujeres negras y los hombres negros que en distintos lugares del continente han regado la tierra con su sangre. Casi todos ellos son mártires de la tierra, en el sentido de que su martirio estuvo ligado especialmente a la lucha por la tierra.

A la hora de hablar de las y los líderes, las mujeres y los hombres que han tejido historia entre las comunidades negras, no podemos dejar de hacer memoria de las y los mártires. No se trata de una memoria como recuerdo pasivo, sino hacer memoria activa sacándolos muchas veces del olvido y el anonimato en que la historia oficial los ha dejado y tratando de ser continuadores, desde nuestros contextos concretos, de las opciones y la entrega que marcó la vida de ellas y ellos.

El jubileo implica, además de la recuperación de las tierras pertenecientes a las negras y negros, el entrar en un proceso de recuperación de la memoria de tantos negros y negras que en la lucha por la tierra han dejado su vida. Esto entronca con la invitación de la Iglesia a que hagamos “todo lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio”⁵⁹.

Las negras y negros que llamamos mártires de la tierra, han luchado por el derecho a la tierra como espacio para vivir, espacio para relacionarse con Dios, para expresar la comunión y solidaridad con los otros. Esto tiene de fondo una visión de la tierra más allá de como la considera el sistema capitalista neoliberal, en el que la tierra es simplemente una mercancía, un objeto de explotación. No hay relación de hermandad y mútua pertenencia con los humanos tal como lo entienden y viven las culturas afro americanas e indígenas. Dentro de los mártires de la tierra, recordamos a Florinda Soriano (Mam· Tingó), asesinada en 1975 en Hato Viejo, Yamas·, República Dominicana. Su valentía ha seguido inspirando la lucha de las mujeres y de los campesinos afro americanos en esta isla.

Jubileo, deuda externa y comunidad negra

El Jubileo bíblico contempla la condonación de las deudas y la manumisión de los esclavos. “Al esclavo hebreo, el amo, al liberarlo, debe darle un regalo en especie además de la libertad”. Es decir, que el esclavo “al llegar el año de la liberación debe salir de casa de su amo incluso con un regalo con qué comenzar de nuevo su vida en libertad”⁶⁰.

Aquí lo que está de fondo en la normativa de la liberación de los esclavos es la convicción de que ningún ser humano puede ser objeto de propiedad de otra persona. Y esto porque “la dignidad de la persona se realiza en la libertad y en la capacidad de dirigir autónomamente la propia vida”⁶¹ .

El jubileo para negras y negros tiene que pasar por el derecho a satisfacer sus necesidades básicas: alimentación, vivienda, trabajo, salud, vestido, educación, recreación... Es hacer y vivir

57

58

59

60

61

la justicia con el pueblo negro y entre el pueblo negro para así empezar el nuevo milenio en condiciones dignas y humanas.

El jubileo es un compromiso de solidaridad con los más pobres del mundo y un compromiso de exigir la cancelación de la deuda, tal como lo pide el Papa en la Tertio Millennio Adveniente: “Los cristianos deberán hacerse voz de todos los pobres del mundo, proponiendo el Jubileo como un tiempo oportuno para pensar, entre otras cosas, en una notable reducción, si no en una total condonación, de la deuda internacional que grava sobre el destino de muchas naciones”⁶².

El Jubileo, al plantear la liberación de la tierra, nos habla de la deuda ecológica; al plantear la liberación de los esclavos, nos hace tomar conciencia de la existencia de una deuda social; y la liberación de estos dos nos hablan de una deuda económica que hay que cancelar. Hoy día la deuda ecológica, la deuda social y la deuda económica son los tres grandes desafíos que tenemos por delante, situaciones a resolver y que se han agravado bajo la sombra del sistema neoliberal. ¿Cómo vive la comunidad negra estas deudas, cómo les están afectando? La comunidad negra es la que, junto a los demás pobres, sufre en la vida cotidiana las consecuencias de las políticas neoliberales. La población afro americana forma parte de esa gran mayoría de pobres entre los pobres, sobre la cual pesa la carga de la deuda externa y la deuda social.

El libro del Exodo 21, 1-11 nos habla de la liberación de los esclavos y las esclavas, de hombres y mujeres que, por su ahogamiento económico habían quedado endeudados y, por no pago de esta deuda, habían sido vendidos como esclavos o esclavas. El jubileo, pues, expresa la preocupación de Dios por estas personas que habían caído en esclavitud por la situación de pobreza. “Dios interviene directamente en las relaciones económicas y pone un límite para evitar el empobrecimiento y la pérdida de libertad de las personas”⁶³.

Con respecto al perdón de las deudas, hay que señalar que negras y negros han sabido, por lo general, vivir una mística de perdón. Sobre ellas y ellos se ha colgado todo tipo de prejuicios, desconfianza, duda. Sin embargo, estas personas han llegado a amar de verdad a una Iglesia y a una vida religiosa que dudó de su capacidad de vivir las exigencias del evangelio, puso en tela de juicio su capacidad intelectual y su capacidad de vivir la consagración religiosa (prejuicios que aún hoy se mantienen, muchas veces de manera disfrazada). Hace muchos siglos que las negras y negros han perdonado la deuda que los blancos y los poderosos tenían con ellos. Con esta actitud de no venganza y de lucha por una convivencia en paz y un mundo más humano para todas y todos, hace mucho que perdonaron a quienes les explotan, les humillan y discriminan. Pero esto no significa que se ha adoptado una postura pasiva y conformista, ni tampoco que hay una pérdida de la memoria. No. Porque hay que recordar que el jubileo es tiempo de perdón, pero este perdón va unido a la justicia. El jubileo es un tiempo de justicia, de recuperación de la igualdad y la justicia originarias. Es tiempo para que pueda brillar la justicia y el derecho para con las negras y negros y con todos los pobres de este mundo.

El jubileo es un tiempo de gracia. ¿Cómo pueden las negras y negros de hoy saborear ese gran regalo de Dios? ¿Cómo crear las condiciones para vivir un tiempo agradable a Dios, agradable a la creación y agradable a las negras y negros? El tercer milenio no se puede abrir como tiempo de gracia, como Buena Noticia para los pobres, para la comunidad negra, si no se dan unas transformaciones profundas que permitan a negras y negros alegrarse porque gozan de los derechos humanos básicos. El jubileo no puede ser una fiesta vacía. Hay que recordar siempre cuáles son los motivos del júbilo. No se puede olvidar que el año jubilar “era un año de liberaciones y profundas transformaciones estructurales”⁶⁴. Jubileo, entonces, para la comunidad negra en América Latina y el mundo, es tener derecho a la alimentación, a vivienda digna, salud, educación, tierra, empleo, descanso, al respeto a su cultura ... Toca a la vida a la vida religiosa, de una manera especial, seguir implicándose en el logro de estos derechos y en hacer que de verdad el jubileo nos lleve a transformaciones estructurales profundas, tanto de la sociedad como de la misma Iglesia y al interior de la misma vida religiosa.

62

63

64

Jubileo y go'el de negras y negros

En esta reflexión sobre las implicaciones del Jubileo para las comunidades afro americanas es importante mencionar otra institución del pueblo de Dios cuyo surgimiento guarda relación con el jubileo. Se trata de la institución del go'el.

Antes de que el pueblo de Israel fuera llevado al exilio en Babilonia, los esclavos quedaban libres a los siete años, a raíz del Año Sabático. Pero al retornar del exilio se establece que dicha liberación sería al cumplirse los cincuenta años, es decir, al llegar el año jubilar. Esto implica un retroceso y es la razón por la cual se instituye la función del go'el o liberador, que podía rescatar esclavos y posesiones antes del año cincuenta. "En el antiguo derecho hebreo, el go'el es el pariente próximo a quien incumbe el deber de defender a los suyos, ya se trate de mantener el patrimonio familiar⁶⁵ □, de liberar a un hermano caído en esclavitud⁶⁶ , de proteger a una viuda⁶⁷ o de vengar a un pariente asesinado"⁶⁸ . El empleo del título go'el en Is 40, 55 sugiere la persistencia de un vínculo de parentesco entre Yahvé e Israel..."⁶⁹ .

El verdadero go'el para el pueblo es Dios como defensor de la vida de los débiles. La comunidad negra a lo largo de su historia ha vivido y vive esta experiencia de que Dios es su defensor y garante de la vida. En cada comunidad hoy tendríamos que preguntarnos quiénes, como profetas del Dios de la vida, han desempeñado la función de go'el para el pueblo negro. Y quiénes están llamados a ser, junto al Dios de los pobres, el go'el de negras y negros. Es la misma comunidad negra la que, junto a Dios, está llamada a ser go'el de todas las personas negras que han caído en desgracia, en deuda, en problemas de cualquier tipo. Es la misma comunidad negra la que tiene que cuidarse y protegerse. El recuperar esta dimensión comunitaria de protección y cuidado mutuo constituye un fuerte desafío para poder vivir el espíritu del Jubileo. En especial, a la vida religiosa del continente le toca jugar un papel muy importante como defensora y garante de la vida de los pobres, los negros, los indígenas, las mujeres, ancianos, jóvenes, niños... En esta defensa de la vida se verificará la autenticidad de la vida religiosa y su razón de ser.

El sólo hecho de que muchas y muchos afro descendientes seamos parte de la vida religiosa, ya nos coloca en una situación de go'el). Esto significa situarnos, no como personas que por acceder a la vida religiosa tenemos un privilegio y exigimos un trato especial, sino como mujeres y hombres que como parte del pueblo negro y de la vida religiosa nos toca vivir un servicio y un despojo a favor de la gente. También hemos de reconocer que muchas veces dentro de la misma vida religiosa tenemos estructuras que no nos permiten ser rescatadoras y rescatadores (golee) de los más pobres.

Hoy día en medio de la dispersión a que nos somete el sistema neoliberal, es necesario que como religiosas y religiosos toquemos el tambor, como lo tocaban nuestros antepasados, para convocar nuestras fuerzas dispersas, para formar esa gran asamblea de mujeres y hombres que nos resistimos a los ídolos de la muerte y que nos empeñamos en ser fieles a un Dios que también es resistente. Esa resistencia de Dios se manifiesta en que, a pesar de nuestras infidelidades, ...l permanece fiel.

Tocar el cuerno (el yobel) o tocar el tambor, es la forma en que Dios nos llama a vivir, a resucitar nuestra identidad de vida religiosa afro americana y desde ahí despertar la conciencia para que el pueblo afro americano, inspirado en el Cristo Negro y en los mártires afro americanos, pueda luchar y conquistar una tierra en libertad, siendo señal profética y testimoniando el espíritu y la raíz más honda del jubileo: la convicción de que la tierra y las personas son de Dios.

65

66

67

68

69

Un jubileo sin calendario

Unos 445 años antes de Cristo, Nehemías⁷⁰ reúne al pueblo y, ante la situación de opresión que viven los más pobres por parte de las autoridades, proclama un jubileo que ya no se registrará por un calendario. Es decir, se proclama un Jubileo "que ya no espera 50 años, sino que se proclama cuando lo exige el clamor de los pobres"⁷¹.

En el Nuevo Testamento nos encontramos con elementos de continuidad y a la vez con elementos superados o purificados en cuanto a la comprensión del jubileo. Como elemento de continuidad está el hecho de que Jesús sigue la tradición del jubileo e identifica jubileo y Reino de Dios. Algo muy significativo al respecto, y que confirma lo dicho, es el hecho de que en el anuncio de Jesús⁷², citando a Is 61, 1-2 el reino de Dios comienza con el anuncio del Jubileo. Jesús, en la tradición del Año Sabático y Jubilar, proclama el inicio de su misión, un año de gracia, un Jubileo extraordinario⁷³.

Pero Jesús introduce un elemento novedoso y es que Él ya no se va a ceñir a los cincuenta años. Jesús proclama un jubileo permanente y definitivo, un jubileo sin calendario, porque lo que está en juego es la vida y la libertad de las personas, y esto no puede esperar fechas oficiales.

¿Qué significa este jubileo permanente y definitivo para las comunidades afro descendientes? Significa que, aún reconociendo la densidad de ciertas fechas del calendario, el jubileo como liberación y justicia para los oprimidos y excluidos, ha de ser un compromiso constante que atraviesa toda la vida, todas las dimensiones de las cristianas y cristianos de las comunidades afro americanas. La tarea de la liberación de cualquier forma de esclavitud, no admite pausas, pues se trata de hacer que seres humanos vivan en la justicia, en la armonía y libertad con que fueron creados por Dios. Negras y negros son imagen de Dios. Dios es negra/negro, ya que cada ser humano es imagen y semejanza de Dios. El jubileo busca que volvamos a esa situación originaria y que esa imagen de Dios que es cada persona, no sea empañada ni profanada con la opresión, la explotación, la injusticia, la desigualdad o la discriminación.

A la luz del jubileo que vivió y proclamó Jesús, que fue permanente y definitivo, nos damos cuenta de que el jubileo trasciende el calendario oficial. El tiempo jubilar se lo descubre cuando se oye el clamor del pobre, cada vez que el pobre nos sale al encuentro. El tiempo jubilar es cotidiano, ha de ser vivido todos los días⁷⁴.

También podemos decir que el pueblo negro vive celebrando pequeños jubileos; al ritmo del tambor se canta y se celebran los pequeños gestos liberadores y el abrir pequeños espacios de libertad que nos dan la confianza y la certeza y avivan en nosotros la esperanza de que es posible "un cielo nuevo y una tierra nueva en los que habite la justicia"⁷⁵. Las comunidades afro americanas, concretamente las descendientes del tronco cultural bantú, hacen periódicamente fiestas que pueden ser consideradas como una práctica de jubileo permanente. El objetivo de estas fiestas es evitar un desequilibrio socio-económico: es para gastar los excedentes. No son fiestas para recaudar dinero, como las que hacemos en algunas parroquias, sino para gastar de lo que tenemos y así mantener el equilibrio comunitario compartiendo alimentos y comprando los vestidos de la fiesta. Al final todas y todos quedamos iguales, es una fiesta que en el fondo busca la equidad.

A modo de conclusión

El jubileo es una invitación a inaugurar una nueva práctica para que en verdad en este tercer milenio tocando el atabal, el tambor, que convoque a todas las negras y todos los negros a celebrar la liberación. Así como el pueblo israelita anunciaba la llegada del año jubilar tocando el yobel, queremos tocar el tambor para anunciar que ha empezado la fiesta de la liberación.

70

71

72

73

74

75

Soñamos y trabajamos por ese gran día en que proclamaremos que ya se acabó el sufrimiento de las negras y los negros y el sufrimiento de la tierra y el mar. Caminamos hacia ese gran día en que, como dice un canto entonado en nuestras Comunidades Eclesiales de Base, la negra y el negro “ya no tendrán cadenas”.

El jubileo podemos releerlo como la forma en que Dios se suma a la resistencia histórica del pueblo negro de ayer y de hoy. A través del jubileo Dios sigue inspirando la utopía del pueblo negro. Es una proclamación de nuestra fe en el Dios de la vida que sigue manifestándose en las comunidades afro americanas. En ellas encontramos no sólo el rostro sufrido, crucificado de Cristo, sino que también encontramos, en medio del dolor y la humillación, la discriminación y las carencias, el rostro radiante del Resucitado, manifestado en la alegría desbordante, el constante espíritu de fiesta, en los colores vivos de nuestros vestidos, en la solidaridad, la fortaleza, la resistencia y la esperanza y la certeza irreprimible de que la victoria corresponde a la vida, a la libertad, a Dios. Esto es vivido y experimentado en la vida cotidiana de nuestras comunidades. Siempre encontramos en ellas un granito de esperanza y un motivo para hacer fiesta. Esta es ya una pequeña semilla o señal del jubileo. En medio de tantas tragedias del pasado y del presente, estamos vivos, aquí seguimos. Es como si en nuestras vidas ocurriera un milagro: hay una fuerza misteriosa, escondida, que nos hace resistir y refuerza de día en día nuestra opción y pasión por la vida. En nuestra vida hay un secreto, un tesoro escondido: es la fuerza de Olorum, del Dios de la vida que, a pesar de las dificultades, no nos deja desmayar. La resistencia de las comunidades negras se parece al junquillo. Es difícil de eliminar definitivamente esta hierba. Siempre quedan las semillas bajo tierra y, cuando menos esperamos, ahí brotan. Bajo tierra van creciendo y multiplicándose. Así es nuestra vida y nuestra esperanza. Y este es el milagro. En lo oculto, en medio de la oscuridad del sistema, se va tejiendo la resistencia y un camino de vida para el pueblo afro y para todos los pobres de la tierra. Ni ojo vio, ni oído oyó lo que está surgiendo poco a poco en las comunidades negras. El que tenga oídos para oír que oiga lo que están diciendo las negras y negros a la Iglesia, a la vida religiosa, al mundo. El que tenga oídos para oír que oiga que ya el tambor nos está llamando a buscar y construir un presente y un futuro negro y bonito. Es el tambor del jubileo porque ya va a empezar la fiesta en que bailamos, cantamos y compartimos el pan de la verdadera comunión con el Dios liberador y con todos los pobres de la tierra.

Finalmente, podemos decir que el pueblo negro, en fidelidad a su identidad esencialmente comunitaria, está llamado a vivir y celebrar el jubileo desde una perspectiva colectiva. Este es el espíritu del jubileo en la Biblia. Las pequeñas señales del jubileo que ha vivido la comunidad negra llevan este sello. Todos los gestos liberadores tienen un alcance comunitario y de solidaridad e inspiración entre las diversas comunidades negras del mundo y entre las distintas generaciones negras. Un gesto liberador del presente, una voz de anuncio o denuncia que se levanta en el presente, está conectado de alguna manera con el pasado y con el futuro, porque “cada vez que una voz se eleva contra la opresión, se hace eco de las voces que se han elevado antes que ella y de las que se elevarán un día”⁷⁶.